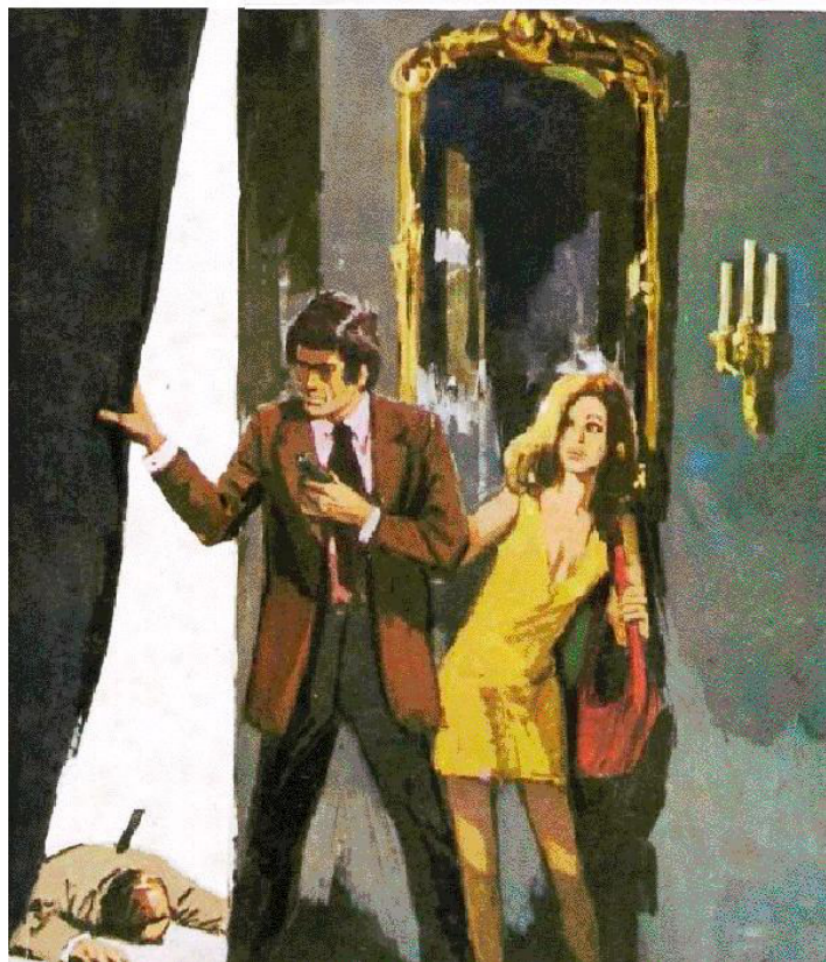




castillo de naipes

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

CASTILLO DE NAIPES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 652
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.016 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1974

© CLARK CARRADOS, 1974
texto

© DESILO, 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El «Rolls» se detuvo frente a la entrada de la lujosa residencia, situada en un barrio aristocrático de la capital británica. Prestamente, el conductor saltó de su asiento y corrió a abrir la portezuela, al mismo tiempo que se descubría cortésmente.

Un hombre se apeó del vehículo. Tenía unos cincuenta años y era fuerte y macizo, de rostro sanguíneo y ojos penetrantes. Walter Armaddon era aficionado a la buena vida y, ciertamente, su fortuna podía proporcionarle cuántos caprichos deseara.

Entre ellos, la hermosa joven que le acompañaba y que descendió del coche, apoyándose en la mano de Armaddon, mientras el chófer permanecía a un lado, quieto e impassible como un poste.

—Estaré listo mañana a las diez, Bart —dijo Armaddon.

—Bien, señor.

Armaddon ofreció el brazo a la joven.

—¿Vamos? —sonrió.

Ella lanzó una risita.

—Tengo miedo —dijo.

—¿De mí? —preguntó el hombre, mientras avanzaban hacia la casa, situada a menos de veinte pasos de distancia.

—Se cuentan tantas cosas horribles de tu fama de conquistador...

Armaddon sonrió para sí. Aquella chica era medio tonta, pero también poseía una figura escultural. Hacía dengues continuamente, pero estaba rendida de antemano.

El policía que estaba de servicio en aquel sector vio a la pareja mientras se acercaba a la residencia y, sonriendo comprensivamente, meneó la cabeza.

«Lo que hace el dinero», suspiró melancólicamente, mientras continuaba la ronda.

Porque Walter Armaddon tenía dinero, muchísimo dinero, cantidades incalculables de dinero. Y aunque no se decía en voz alta, a veces porque era indiscreto y a veces porque podía resultar peligroso, todo el mundo conocía el origen de su fortuna.

El mayordomo abrió la puerta.

—Señor —saludó respetuosamente.

—Philip, prepare una botella de champaña, en el saloncito del piso superior —ordenó Armaddon—. Eso es todo por esta noche; ya no le necesitaré más.

Philip lanzó una mirada crítica a la acompañante de Armaddon, el escote de cuyo vestido rebasaba todos los límites conocidos hasta el momento. «Claro que no me necesitarás; si yo estuviese en tu pellejo, tampoco necesitaría a nadie», pensó.

Pero su rostro no expresó lo que pensaba en aquellos momentos. Inclinandose profundamente, dijo:

—Sí, señor, al momento.

Armaddon se quitó el sombrero y el abrigo negro, quedando vestido con el traje de etiqueta. Luego se acercó a la joven y se situó detrás, para ayudarla a quitarle la capa de pieles que cubría sus blancos y redondos hombros.

—Arriba te aguarda un obsequio —murmuró a su oído.

—¿Sí? —dijo ella.

Armaddon sonrió. El obsequio era un collar de perlas. No le había costado gran cosa: había sido recibido a cambio del pago de una deuda que el deudor no podía cancelar.

—Lo verás dentro de unos minutos, después de que nos hayamos tomado un par de copas de champaña. Anda, vamos al primer piso.

Ella caminó, suavemente empujada por la mano del individuo. Mientras ascendían la escalera en curva, se asombró del lujo increíble que se apreciaba en la mansión.

Llegaron al primer piso. Philip salió por una puerta.

—El champaña está preparado, señor —anunció.

—Gracias, Philip.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

El mayordomo se dirigió a la planta baja. Seguía mostrando su impasibilidad habitual. A fin de cuentas, no era la primera vez que Walter Armaddon llevaba a una chica a tomar champaña en sus

salones privados.

Armaddon y la joven entraron en la sala. Encima de la mesa, junto al cubo que contenía la botella, había una caja, envuelta en papel y atada con un lazo de seda rojo.

Armaddon llenó dos copas, entregó una a la chica y levantó la suya:

—Por la belleza —brindó.

—Por la suerte —dijo ella.

—¿La suerte?

—Sí, hombre, la tuya —dijo la chica, mirándole maliciosamente por encima del borde de la copa.

Armaddon lanzó una risita. Probó el champaña y, tras deja la copa en la mesa, avanzó hacia la joven, estrechándola entre sus brazos.

—Eres muy impetuoso —dijo ella, simulando quejarse.

El hombre rió suavemente.

—Eres demasiado hermosa para no ser impetuoso —dijo.

En la calle, Jack Fyfe, agente de servicio aquella noche, vio las siluetas de la pareja, estrechamente abrazados, y volvió a menear la cabeza.

«Tipo afortunado», murmuró para sí, en tanto que, con las manos a la espalda, seguía su pausado caminar.

Arriba, la chica, de pronto, deshizo el abrazo y se atusó el cabello.

—¡Uf, creí que me ahogabas! ¡Vaya manera de apretar! —exclamó.

Armaddon sonrió satisfecho. Sí, todavía se conservaba fuerte y robusto, prácticamente, como en sus mejores tiempos.

—Y ahora, vas a ver el obsequio.

—Soy terriblemente impaciente, pero ¿me permites antes que me arregle un poco? —solicitó ella—. Se me ha corrido el carmín de los labios, estoy despeinada.

—Claro, claro —accedió él benevolentemente. Se acercó a una puerta y la abrió un poco—. Ahí está el tocador. El baño está al lado.

—Gracias, Walt; estaré lista dentro de dos minutos.

Ella desapareció. Armaddon volvió a la mesa.

El paquete continuaba en el mismo sitio. Abajo, Jack Fyfe, que

regresaba de su paseo, vio la silueta de Armaddon, que tenía algo en las manos.

Armaddon desanudó el lazo y quitó el papel de la envoltura. Un costoso estuche de color negro apareció ante sus ojos.

El collar se hallaba en su interior. Armaddon soltó la presilla de cierre. Quería echar un vistazo al collar antes de colocarlo él mismo en torno a la esbelta garganta de su acompañante.

Entonces, al levantar la tapa, se produjo la explosión.

El agente Fyfe tenía la vista fija en la ventana, de modo casual. Primero vio un enorme relámpago: amarillo, rojo, azul... Luego, en el mismo instante, percibió la detonación. Todos los cristales de la ventana volaron por los aires. El barrio entero pareció sacudido por un terremoto.

Muchos cristales se rompieron en la vecindad. El policía Fyfe, atónito, hizo lo que cualquiera habría hecho en su lugar al oír el cañonazo de la explosión: encogerse instintivamente primero y luego tirarse al suelo.

Las astillas y los cascotes volaron por todas partes. Durante unos segundos, reinó un estrépito aterrador.

Dentro de la casa, se habían derrumbado unos cuantos tabiques. En el cuarto de baño, medio destruido, la chica gritaba histéricamente, en demanda de un socorro que nadie parecía poder proporcionarle en aquellos momentos de confusión.

El humo y el polvo lo invadían todo. Aún tumbado en el suelo, el policía Fyfe oyó algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

Algo rebotaba hacia él. Maquinalmente, Fyfe se preguntó quién tenía el humor de jugar con una pelota de fútbol en aquellos instantes.

La pelota se le acercó rodando. El policía Fyfe corrigió su apreciación un segundo después, cuando aquel balón se detuvo a pocos centímetros de su cara.

No era una pelota. Los ojos de Fyfe y los de Armaddon estaban a poco más de un palmo de distancia. Pero los ojos de Armaddon, con el resto de la cabeza, se hallaban muy lejos del cuerpo pulverizado por la explosión.

Para ir a su casa, Algernon Beathow tenía que pasar precisamente por aquel lugar y lo hizo cosa de veinte minutos

después del estallido.

Había gran cantidad de curiosos en las inmediaciones de la residencia. Unos cuantos policías mantenían el orden y trataban de hacer fluida la circulación. Beathow divisó un par de coches y una furgoneta de Scotland Yard.

«Algo gordo había ocurrido», se dijo.

Oyó comentarios:

—El IRA, no cabe la menor duda.

—Yo creo que no —dijo otro—. No han sido los irlandeses, sino los protestantes del Ulster.

—Amigo mío, si esto no ha sido cosa del IRA, soy capaz de comerme el sombrero.

—Pues ya puede empezar, porque, según se dice, Armaddon suministraba armas a los irlandeses. Lo sé de muy buena tinta.

—Creo que la explosión le ha hecho polvo —dijo una mujer—. La cabeza voló hasta el medio de la calle.

Beathow tocó suavemente la bocina para pedir paso. Un par de policías extendieron los brazos.

—Circulen, circulen...

El coche de Beathow avanzó a paso de carreta.

—Siga, señor, no se detenga —dijo un policía.

—¿El IRA, agente? —preguntó Beathow.

—Pudiera ser, pero aún no se sabe nada, señor.

—¿Ha habido más víctimas?

—Heridas sin importancia a dos personas, señor. Pero el dueño de la casa ha muerto, horriblemente destrozado.

—Lastimoso —sonrió Beathow.

—Sí, señor, muy lastimoso —convino el agente.

Beathow siguió su camino. No había conocido personalmente a Walter Armaddon, pero algunas personas no encontrarían tan lastimosa su muerte.

Todo lo contrario, en aquellos momentos era más que posible que alguno estuviera ya frotándose las manos de gusto.

CAPÍTULO II

El timbre sonó y Beathow, extrañado, porque no esperaba ninguna visita a aquellas horas, cruzó la sala para abrir. Mientras, se anudaba el cordón de su batín corto.

Abrió la puerta. Una encantadora joven, con impermeable y paraguas, apareció ante sus ojos.

—¿Capitán Beathow?

—El apellido es correcto, no así la graduación militar. Dejó el ejército hace tiempo, señora.

—Señorita. Sidonie Willesley —se presentó ella—. ¿Puedo pasar, capitán?

Beathow se echó a un lado.

—Está en su casa, señorita Willesley —manifestó galantemente—. Por casualidad, ¿pariente de *sir* Thomas Bensloe Willesley?

—Sobrina suya, pariente en tercer grado —aclaró la muchacha, mientras se desabrochaba el impermeable—. El, precisamente, es quien me ha recomendado a usted, capitán.

—*Sir* Thomas es una persona dotada de un alto sentido de la caridad y la benevolencia —dijo Beathow, con ironía—. ¿Puedo ofrecerle una taza de té, señorita?

—Me sentaría mejor una copa de *brandy*. Hace un tiempo de perros —contestó Sidonie, con simpática franqueza.

—No se hable más, *brandy*.

Beathow llenó las copas. Sidonie, con toda desenvoltura, se había despojado del impermeable. Era una chica esbelta, bien formada y de pelo oscuro, aunque no negro del todo. Pero sus pupilas verdes resultaban sumamente atractivas.

Beathow ofreció una de las copas a su visitante.

—Hace mucho tiempo que no veo a *sir* Thomas —dijo—. ¿Cómo está?

—Bien, ahora reside en su posesión de Hampstyre. Ya se puede imaginar, cría de cerdos y gallinas de raza, unos cuantos caballos en las cuadras, libros en abundancia...

—Lo que se dice una vida paradisíaca —sonrió Beathow—. Y, dígame: ¿para qué la recomendó su tío a mi humilde persona?

—Soy hija de Walter Armaddon —declaró la muchacha, sorprendentemente—. Murió asesinado hace seis días. Mañana será la lectura pública del testamento. Quiero que usted asista, como mi representante, y que anuncie su impugnación.

Beathow arqueó las cejas.

—¿Hija de Armaddon y lleva otro apellido? —se extrañó.

Sidonie se ruborizó ligeramente.

—La... la unión entre mi madre y él no fue legal.

—¡Oh! —dijo Beathow—. Lo siento, señorita Willesley.

—No se preocupe de eso; yo no lo considero como una deshonra. Pero lo que quiero decir es que el testamento debe ser impugnado, por dos razones: una de ellas, como hija de Armaddon, debo ser declarada heredera universal. Otra razón es el asesinato en sí, cometido por alguno de los presuntos herederos.

—Se dice que la fortuna de Armaddon era incalculable, ¿no es así?

—Lo lamento; no puedo dar cifras, puesto que yo misma ignoro ese detalle. Pero, sí, era muy rico. Inmensamente rico, capitán.

—Oiga, llámeme Algy, como hacen todos, y déjese de tratamientos que, demás, no me corresponden —rezongó Beathow—. ¿Qué le hace suponer que uno de los herederos quiso precipitar el momento de la lectura del testamento?

—Mi padre era un hombre muy fuerte. No hacía mucho tiempo se había hecho un examen general del organismo. Su salud era perfecta. Por tanto, es razonable presumir que podía vivir aún muchos años.

—Lógico, en esas condiciones.

—Pero había alguien que no podía esperar tanto. Y le envió la bomba.

—Lo cual significa que usted quiere que yo encuentre al... bombardero.

—Exactamente —dijo la chica, sin pestañear.

—Bien, sus deseos, si todo lo que me ha dicho es cierto, son

sumamente respetables. Ahora bien, lo que a mí me gustaría saber es por qué me ha elegido para esa honrosa y nada fácil misión de encontrar al remitente de una carta explosiva, cuando en Scotland Yard hay gentes tan preparadas y tan capacitadas para ello, mucho más que un simple oficial de Estado Mayor y, además, retirado del servicio activo.

Sidonie sonrió.

—Usted ha sido agregado en un par de Embajadas en el extranjero —dijo—. Para expresarlo con toda franqueza, sus tareas eran las de espía; no debemos ser pacatos ni timoratos cuando se trata de decir la verdad. Y un espía con experiencia, creo yo, tiene muchas posibilidades de encontrar al asesino de mi padre.

—Todo eso se lo ha dicho, supongo, *sir* Thomas —opinó Beathow.

—Sí, eso es.

—Apuesto algo a que *sir* Thomas no le ha contado media docena siquiera de mis innumerables planchas, algunas de las cuales se han hecho célebres en los anales de nuestra diplomacia. Como, por ejemplo, la ocasión en que me ordenaron vigilar a cierta persona y emitir un informe del menor de sus pasos... y después de dos semanas de vigilancia incesante, resultó que era mi propio embajador.

—¡Oh, qué despisté! —exclamó Sidonie—. ¿Es cierto eso, capitán?

—Rigurosamente verídico, señorita Willesley.

—Bien, a pesar de todo, insisto en que sea usted el que busque al asesino de mi padre. Para ello, deberá empezar por asistir, como mi representante legal, a la lectura del testamento, que se efectuará mañana a las diez en el despacho de Bolton,

Bolton & Wanders,

la firma de abogados que defendía los intereses de mi padre. El señor Bolton, Richard Jeremy, será quien lea el testamento a los presuntos herederos.

—¿Por qué no va usted? —preguntó Beathow, extrañado.

—Porque no soy todavía heredera legal.

—¿De qué o de quién depende esa calificación, señorita?

—De dos testigos, a los cuales he de encontrar todavía, y mediante cuyas declaraciones probaré, sin lugar a dudas, que soy la

hija de Walter Armaddon. Usted, mientras tanto, asistirá a la lectura del testamento, en mi representación, y anunciará su impugnación, cualesquiera que sean los términos en que esté redactado. ¿Lo ha entendido?

—No es usted oscura hablando —sonrió él—. Pero dígame, ¿hay muchos presuntos herederos?

Sidonie abrió el bolso que llevaba y extrajo un sobre de buenas dimensiones, que entregó al dueño de la casa.

—Aquí tiene los nombres y datos personales de ocho personas, incluyendo sus fotografías —anunció—. Y un cheque por valor de quinientas libras para sus primeros gastos. Cuando haya encontrado al asesino de mi padre, aceptaré con gusto la minuta de honorarios que me presente.

Beathow se sentía estupefacto.

—Oiga, actúa usted con mucha rapidez...

—Hacía tiempo ya que pensaba hacer una reclamación por vía legal —contestó la muchacha—. El asesinato de mi padre precipitó las cosas y encargué a una agencia de investigaciones una serie de informes completos de los ocho presuntos herederos. Yo tengo la copia, como puede usted suponer.

—Pero eso le habrá costado mucho dinero, señorita Willesley.

—No soy rica, aunque tampoco me falta —dijo ella escuetamente—. En el sobre está mi dirección y mi número de teléfono. Tan pronto haya terminado la lectura del testamento, llámeme para informarme de lo ocurrido.

—Está bien, así lo haré.

Sidonie se levantó y se puso el impermeable, ayudada por Beathow. Ella agarró el paraguas y se dirigió hacia la puerta.

—Usted puede actuar —sonrió—. Tiene el título de abogado, aunque no haya ejercido hasta ahora.

—¡Qué torbellino! —exclamó Beathow, al quedarse solo, todavía atónito por la increíble visita y por la menos increíble misión que le había sido encomendada.

Y para reaccionar un poco, se sirvió la segunda copa de *brandy*. Luego, sentándose en un cómodo butacón, abrió el sobre y se sumió en el estudio de su contenido.

La mujer era de buena estatura y senos generosos. Estaba

sentada en un alto taburete, con las piernas cruzadas, sin importarle en absoluto la exhibición de sus extremidades interiores. El pelo era muy rubio y los ojos artificialmente agrandados, poseían una experimentada malicia.

Beathow la vio cuando salió por la tarde en busca de la cena, en el restaurante al que solía acudir habitualmente. El

Kittie's

estaba en el camino de su cena y también solía entrar allí a tomarse el aperitivo.

A veces lo hacía con Kittie, la hermosa dueña del *pub*, pero ahora Kittie estaba temporalmente ausente de Londres. A Beathow le hubiera gustado charlar un rato con ella, aunque al ver a la rubia teñida, pensó que no iba a perder demasiado en el cambio.

—O yo estoy equivocado o esta beldad que tengo ante mis ojos es Sue Collins —dijo, sonriendo.

Ella le miró y sonrió también, a la vez que alargaba una mano.

—No estás equivocado, Algy —contestó—. ¿Qué es de tu vida? Hace cosa de un siglo que no nos vemos.

—¿Un siglo? Sue, exageras un poco; entre los dos apenas cubrimos un poco más de la mitad de esa cifra de años.

Sue se echó a reír.

—Era sólo una frase, por supuesto —dijo—. ¿Adónde vas, Algy?

—Suelo tomar aquí el aperitivo de las tardes. Pero tú no frecuentas mucho este local, que yo sepa.

—A decir verdad, no, pero estoy citada aquí con un buen amigo.

—Y no llega.

Sue hizo un gesto negativo.

—Hace media hora que le aguardo. Le concederé quince minutos más. Si no viene para entonces, que se vaya al diablo —exclamó.

—Lo siento, Sue. ¿Es muy buen amigo?

—Quizá lo conozcas tú. Se trata de John Park, el actor de teatro y televisión.

—Me suena. Pero, Sue, ese tipo te pasa al menos veinte años y está gordo como un tonel...

—No exageres, Algy. Ciertamente, John tiene propensión a engordar, pero en los últimos tiempos hizo bastante régimen y ahora tiene una figura aceptable. Además, se conserva muy bien y...

—¿Le quieres?

Sue hizo un gesto ambiguo.

—La vida no nos trata siempre como quisiéramos —contestó, un tanto melancólicamente—. Sin embargo, John tenía cierto éxito últimamente en papeles secundarios y aún parecía que iba a prosperar y conseguir un papel de protagonista. Al menos, ésa fue la impresión que me dio cuando hablamos la semana pasada.

—Te felicito, en tal caso —sonrió Beathow.

—Todavía no puedo cantar victoria. John me dijo que estaría ausente una semana, pero que hoy, a las seis en punto, vendría a encontrarse conmigo en el

Kittie's

y me daría una noticia magnífica. —Sue lanzó un hondo suspiro—. Pero temo que no sean más que figuraciones suyas, simples deseos de alcanzar lo inalcanzable. En resumidas cuentas, me quedaré plantada, porque él se buscará otra más finita y con menos kilos de peso que yo. Y también con diez años menos, naturalmente.

—No eres una vieja precisamente, Sue —dijo él—. Me disgustaría ofenderte, pero apuesto a que tienes un año o dos menos que yo, y voy a cumplir los treinta y uno.

—Eres un tipo simpático —rió Sue—. Vamos, te invito a una copa; todavía puedo permitirme ese lujo. ¿*Whisky*?

—Sí, gracias; te haré compañía hasta que llegue Park.

Sue agitó la mano y el barman puso delante de los dos sendos vasos con cubitos de hielo. En aquel momento, entró un vendedor de periódicos, voceando la mercancía.

Beathow llamó su atención y le compró un ejemplar. Quizá traía alguna noticia de la muerte de Armaddon.

No encontró apenas nada de lo que buscaba, salvo un suelto en el que se mencionaba que la policía continuaba investigando el caso. Pero, en cambio, en la tercera plana, encontró una fotografía que llamó extraordinariamente su atención.

Había en ella un hombre y una mujer. El era de mediana edad y tenía barba y bigote. Claramente se advertía que era un tipo corpulento, con cierta ligera obesidad, bastante bien disimulada por un hábil sastre. Ella era muy joven, de ropa extremada y aspecto de muchacha ávida de notoriedad.

El pie era sumamente revelador:

El conocido astro del teatro y televisión, John Park, en el momento de dirigirse al avión para volar al Caribe, donde rodará un episodio de la nueva serie de la que será protagonista en breve. Le acompaña la señorita Lillian Beshley, quien interpretará a su lado el papel principal femenino en dicho episodio.

Beathow hizo un gesto con la cabeza. Luego, miró a Sue.

—No hace falta que esperes a Park —dijo, a la vez que daba vuelta al periódico para ponerlo frente a sus ojos.

La mano de Sue se crispó en torno al vaso. Beathow se lo quitó suavemente, temeroso de que lo rompiera y se hiciese graves cortes con los vidrios astillados.

Una lágrima apareció en los ojos de Sue.

—Debí suponerlo —dijo, tristemente—. En cuanto se ha visto triunfador, me ha dado de lado.

Beathow puso una moneda sobre el mostrador. Luego asió el brazo de la joven.

—Anda, no lo lamentes —aconsejó—. Todavía tienes toda una vida por delante para olvidar a ese ingrato. Ven a cenar conmigo y así, al menos por esta noche, conseguirás distraerte un poco.

Sue hizo un esfuerzo y sonrió.

—Además de un tipo simpático, eres un buen amigo —elogió.

CAPÍTULO III

Richard Jeremy Bolton se puso en pie, con unos papeles en las manos, miró a los congregados en su amplio y severo despacho, y, tras un carraspeo, empezó a hablar:

—Voy a dar lectura a las partes más sustanciales del testamento del difunto Walter Armaddon. Cada uno de los presentes recibirá después una copia, absolutamente fidedigna e íntegra para que pueda repasar y enterarse de su contenido con entera comodidad. Pero de momento, estimo, creo que bastará con leerles lo más interesante del testamento.

Bolton hizo una corta pausa y continuó:

—Sin embargo, antes de leer el testamento, he de decirles que ya se ha presentado una impugnación del mismo, por parte de la que declara ser hija del extinto y cuyo representante legal se halla aquí. Señoras, caballeros, tengo el honor de presentarles al capitán Algernon Beathow.

Ocho rostros se volvieron inmediatamente hacia el mencionado. Los presuntos herederos le habían visto desde el principio y habían pensado que se trataba de algún pasante o amanuense del abogado. En algunos de aquellos ocho rostros, seis masculinos, dos femeninos, latía una hostilidad implacable.

Beathow sonrió amablemente a todos los presentes.

—¿Cómo están ustedes? —saludó.

—¡Mi primo Walter no se casó jamás! —dijo Donna Baxter, alta, pechugona y con más de cincuenta años sobre un cuerpo harto sobrado de grasas.

—Mamá, no sabemos si el tío Walter tuvo en tiempos una aventura...

Era Tim, el hijo de la anterior, delgado y de poca estatura, con la voz de un chiquillo. Su madre le fulminó con una mirada.

—Tú te callas —bramó—. Esas cosas íntimas no se discuten.

—Señora Baxter —intervino el abogado—, todavía no se ha de demostrar que el difunto señor Armaddon, casado o no, tuviera una hija. Mientras tanto, la impugnación es legal.

—Entonces, ¿por qué nos ha citado para leernos el testamento? —preguntó Betty Pows, una pelirroja de curvas incitantes y mirada de fuego.

—Ustedes estaban ya citados y no podía enviarles un aviso en sentido contrario —respondió el abogado—. Por otra parte, el hecho de que se formule una impugnación, no significa que los tribunales hayan del aceptarla. Ustedes están en su derecho de litigar para que el testamento se cumpla según los deseos del testador, pero, legítima o no, la hija de Armaddon también tiene derecho a impugnar el mencionado testamento.

—Menos charla —refunfuñó Leinster Johnston, cuarenta años, bajo y una bola de carne con dos piernas ridículamente cortas—. Al grano, al grano, picapleitos.

Bolton se sonrojó vivamente.

—Ruego a los presentes empleen un lenguaje más moderado —pidió, cortés.

—Las palabras significan poco —exclamó Dan Guggson, alto, atlético, de unos treinta y cinco años, pero con bolsas en los párpados, que indicaban una apostura física más ficticia que real—. ¿Por qué no nos suelta ya el rollo?

El abogado levantó los ojos al cielo, como pidiendo resignación y paciencia para soportar a sus descorteses clientes.

—Muy bien, señoras y caballeros. Sustancialmente, el testamento dispone, aparte de algunas mandas de menor cuantía para sirvientes y empleados, que cada uno de los herederos, es decir, cada una de las personas que ha recibido una notificación oficial de nuestro despacho, percibirá, como herencia, la suma de cincuenta mil libras esterlinas, libres de todo impuesto o gravamen...

—¡Pero mi primo Walter tenía infinitamente más dinero! ¡Ingentes cantidades de dinero! —clamó la señora Baxter.

—Mamá —sonó la infantil y aflautada voz del retoño—, nunca hemos sabido...

—¡Tú te callas, tonto! Tienes ya veintitrés años y todavía no sabes cuál es tu mano derecha. Si no fuese por mí, andarías ahora

tirado por el arroyo.

—Señora, dejen a un lado sus diferencias familiares —rogó Bolton—. Estábamos diciendo...

—Decíamos que mi primo tenía montañas de dinero. Cincuenta mil libras esterlinas a cada uno de los ocho, suponen cuatrocientas mil en total. ¿Dónde está el resto de su fortuna, dos, tres, cuatro millones de libras? —exclamó la vehemente señora Baxter.

Rudolf Murray, veintinueve años, bien parecido y con un excelente sentido del humor, agitó los brazos de un modo peculiar, y dijo:

—¡Pío, pío, pío...! Volaron, volaron, volaron...

—Esa clase de bromas no me gustan —refunfuñó Donna Baxter.

—Renunciaré a la contraimpugnación, si me garantizan las cincuenta mil —exclamó Betty Pows.

—Pienso lo mismo que tú, guapa —dijo Murray.

Betty le guiñó un ojo. Murray correspondió con un gesto análogo.

Kimmond Shard, sesenta años, calvo, con lentes de cerco de oro, movió las manos con cierta vehemencia.

—Abogado, si la impugnación prospera, ¿perderemos la herencia?

—Es un riesgo al que todos ustedes están abocados —respondió Bolton.

—O sea, que no puede pagarnos ya las cincuenta mil libras que nos correspondían —dijo Eric

O'Hyams,

alto, elegante, de ademanes afectados y con todo el aspecto de un noble tronado.

—Exactamente.

Shard se volvió hacia Beathow.

—Tendrá que demostrar que su cliente es hija de Armaddon —dijo hostilmente.

—Con la ayuda de Dios, espero poder hacerlo —respondió el joven, enfáticamente—. De la misma forma que usted ha demostrado ser heredero del difunto —añadió, ahora con más suavidad.

—Walter no me dijo nunca nada que tuviese una hija —refunfuñó Donna Baxter—. Nuestra intimidad era absoluta y yo

debería haber sabido...

—¡Mamá! —exclamó el debilucho retoño, escandalizado por aquellas palabras.

Bolton ocultó cortésmente una sonrisa. La señora Baxter enrojeció vivamente.

—Por supuesto, yo hablaba de intimidad en sentido figurado —dijo—. Me refería a que entre él y yo había una gran confianza...

—Es que, señora, a veces, aunque medie una gran confianza entre dos personas, hay cosas que uno guarda para sí mismo —dijo Murray.

—Opino como tú y más en el caso de la señora Baxter —añadió la pelirroja—. A la media hora de saberlo, ya se habría enterado todo Londres.

Miró a Beathow, sonrió, le hizo un guiño y agregó:

—Cuando vea a su cliente, dígle que no sea demasiado tacaña con nosotros. A mí, esas cincuenta mil libras me hubieran venido de perillas.

—Tendré en cuenta su observación, señorita Pows —respondió Beathow, galantemente.

Bolton empezó a reunir ejemplares del testamento.

—Les tendré informados de la marcha del asunto —dijo, a guisa de despedida.

Beathow recibió el suyo y se marchó; no tenía ganas de seguir un minuto más en lo que consideraba olla de grillos.

Durante un buen rato, no hubo más que silencio entre los dos jóvenes. Mientras Sidonie leía la copia del testamento, Beathow jugueteaba con una copa balón que ella le había ofrecido, con una buena dosis de *brandy*. Al cabo de un buen rato, Sidonie dejó a un lado el documento y le miró sonriendo.

—¿Qué opina usted, Algy? —preguntó.

—Por desgracia, no tengo demasiada experiencia en cuestiones testamentarias —respondió el visitante—. El punto principal es que usted tiene que demostrar de un modo concluyente e irrefutable que es la hija de Walter Armaddon.

—Lo demostraré —aseguró la muchacha.

—Así se lo deseo, aunque necesitaría conocer ciertos datos de la forma en que usted piensa probar...

—Cuando llegue el momento, se lo diré. Ahora, lo que más me interesa es que encuentre usted al asesino de mi padre.

Beathow la miró fijamente.

—¿Y no sería mejor que dejásemos esa tarea en manos de Scotland Yard?

—Scotland Yard ya trabaja por su cuenta. Yo quiero trabajar por la mía, con usted, claro está.

—No sé, no sé... En fin, haré lo que pueda —dijo él, dudando de sí mismo.

—Lo conseguiré —sonrió la muchacha—. Es más, le daré una pista.

—¿Sí?

—¿Ha visto a los herederos?

—Desde luego.

—Dígame su opinión acerca de ellos.

—Es difícil —contestó Beathow, evasivamente—. Por supuesto, las descripciones y fotografías que usted me dio de ellos corresponden muy aproximadamente a la realidad. Yo diría que la noticia les sentó como un tiro a todos, pero hubo dos de ellos que la digirieron mejor que el resto.

—¿A quiénes se refiere, Algy?

—Rudolf Murray y Betty Pows. Son los que mejor encajaron el golpe de que era muy posible que se quedasen sin sus cincuenta mil libras. En cuanto a los demás..., con demostraciones verbales o físicas de diversos calibres, expresaron bien claramente la opinión que les merecía la noticia de una impugnación del testamento.

—Si soy la hija de Armaddon, ¿por qué no recibir lo que legalmente me pertenece?

—Eso es muy justo —convino él.

—Alguien mató a mi padre, y no lo hizo precisamente por motivos de venganza.

—Permítame, Sidonie, pero ¿está enterada ya de la forma en que su padre había conseguido su fortuna?

—Sí, claro.

—Era traficante de armas. Estos negocios rinden elevados dividendos, pero también son muy arriesgados. Rivalidades profesionales, intervención de diversos servicios secretos..., todo esto, en ocasiones, da lugar a ajustes de cuentas que no pueden ser

tomados estrictamente como venganzas. Walter Armaddon era un hombre poderoso y quizá había alguien, o algunos, a los que interesaba su desaparición. Por eso le enviaron la bomba.

—Yo opino todo lo contrario, aunque no deje de estimar sus hipótesis —contestó la muchacha.

—¿Sí?

—El asesino es uno de los ocho herederos.

Beathow arqueó las cejas.

—No me mire así —agregó ella, apresuradamente—. Alguien necesitaba dinero y planeó el crimen, para así poder heredar y cobrar una importante suma.

—La teoría es digna de ser tenida en cuenta. Si no le importa, empezaré por estudiar más a fondo a los herederos.

—Tiene entera libertad de acción, Algy —concedió Sidonie, con hechicera sonrisa.

CAPÍTULO IV

Al atardecer, Beathow, que no pensaba trabajar aquella noche, ni mucho menos, buscó su agenda y, tras hojearla un poco, encontró el teléfono que deseaba.

Momentos más tarde, se encontraba en comunicación con Sue Collins.

—¿Sola?

—Sí, Algy.

—¿Compañía?

—La necesito.

—Está bien. Me verás dentro de sesenta minutos.

—Vale, guapo.

Beathow colgó el teléfono y pasó al baño. Treinta minutos más tarde, salía a la calle.

Un hombre se le acercó de pronto. Era delgado, llevaba un sombrero de ala bastante ancha, caída sobre los ojos, y gafas oscuras. Además, usaba un enorme bigote, cuyas guías llegaban hasta la comisura de los labios.

—¿Capitán Beathow? —dijo el individuo.

Beathow le miró fijamente durante un segundo.

—Sí, yo mismo —contestó.

—En el bolsillo del abrigo tengo un revólver. Sentiría mucho verme obligado a disparar contra usted.

El joven respingó un instante. De pronto, vio un automóvil negro que se acercaba a la acera.

—Suba —ordenó el individuo.

Beathow obedeció, pasando al lado izquierdo del asiento posterior. El hombre del sombrero y el bigote se sentó a su lado.

El conductor era muy corpulento y usaba también sombrero. Beathow se dio cuenta de que lo llevaba encasquetado hasta las orejas. Debido a que era de noche, no llevaba gafas oscuras, para

conducir mejor, pero, en cambio, usaba un enorme mostacho tipo Kaiser.

Beathow empezó a sospechar la verdad. Una ligera sonrisa distendió sus labios.

El coche se deslizó rápidamente, aunque con frecuentes frenazos y bruscas arrancadas, lo que decía muy poco en favor del conductor. Las sospechas de Beathow se afirmaron más todavía.

De pronto, alcanzaron Hyde Park y se metieron por uno de los senderos enarenados. Beathow continuaba manteniéndose impasible.

Al cabo de unos minutos, el conductor detuvo el vehículo. Su compañero abrió la portezuela y se dispuso a saltar fuera.

—Bájese, capitán —ordenó con voz cavernosa.

Pero dio la orden cuando todavía él mismo no había salido ni siquiera por completo. Beathow estiró bruscamente la pierna derecha y le golpeó con todas sus fuerzas en la cadera, lanzándole a unos cuantos pasos de distancia.

Inmediatamente, saltó fuera y se arrojó sobre él. Sorprendido, el sujeto trataba de incorporarse. Un no demasiado fuerte derechazo a la mandíbula lo dejó K.O., en el acto.

Beathow se inclinó sobre él y le desposeyó de un pequeño revólver niquelado. En el mismo momento, oyó un gruñido a sus espaldas.

Giró rápidamente y divisó al otro, que se le arrojaba encima, gruñendo palabras ininteligibles. Beathow se cambió el arma de mano, alzó un poco el brazo izquierdo y disparó el derecho, para clavar el puño en el estómago de su atacante.

El bigotudo se sentó en el suelo instantáneamente, después de quedarse sin aire en los pulmones. Tranquilo, Beathow se inclinó sobre él, agarró una de las guías del mostacho y tiró con fuerza. Luego arrancó el sombrero y lo arrojó a lo lejos.

—Basta de bromas, señora Baxter —dijo, con voz tensa.

Ella le miró con ojos acuosos.

—¿Có... cómo lo ha sabido, capitán? —preguntó.

—Su querido hijito ha desempeñado el papel de forajido de una manera infame. Le falta práctica, claro. Su pelo de usted, metido en el sombrero, los bigotes postizos... ¿Por qué diablos lo han hecho?

Donna lanzó un profundo suspiro.

—Deme la mano —rezongó—. Y no me lo tome a mal; piense que yo soy una madre que sólo quiere lo mejor para su único hijo.

—Ya, ya —dijo Beathow con soma, mientras ayudaba a la mujer a ponerse en pie.

—Estoy que reviento con estas ropas de hombre —rezongó ella—. Vamos, Tim; empieza a moverte, ya han descubierto el pastel.

El muchacho se sentó en el suelo.

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? —preguntó con su característica voz de flauta.

Donna miró a Beathow con desesperación.

—¿No se da cuenta del hijo que tengo? —clamó—. Un alfeñique, un inútil... Se morirá de hambre el día que yo le falte.

—La verdad es que, en mi opinión, usted lo tiene demasiado atado a sus faldas, señora. Pero aún no me ha dicho por qué me secuestraron.

—Sólo queríamos conocer el nombre de la hija de Armaddon. Y su domicilio, claro.

Beathow asintió.

—Algo de eso me suponía —murmuró—. Bien, lo siento, señora, ya que creo debo recurrir al socorrido tópico del secreto profesional. Lamento mucho haberles estropeado su plan, pero ya conocerán esos detalles en el momento oportuno.

El joven palmeó los hombros del aturdido Tim Baxter, que ya se había puesto en pie.

—Animo, muchacho, no te desanimes por el fracaso. Esto suele pasar siempre la primera vez; con un poco de suerte y el suficiente entrenamiento, te convertirás bien pronto en un secuestrador de categoría —dijo con acento irónico.

Tim le miró con ojos de pasmo. Beathow agitó una mano.

—Renuncio al placer de volver en su coche, señora Baxter —se despidió.

Silbando alegremente, echó a andar. Donna se puso furiosa.

—Inútil, eres un inútil...

—Mamá, pero es que era un plan absurdo —se defendió el muchacho—. Yo creo que el señor Beathow, con buenas palabras, hubiera accedido a...

—Anda, volvamos a casa, tonto —dijo ella, a la vez que lo empujaba hacia el coche—. Y conduce con cuidado, no vayas a

atropellar a alguien.

Madre e hijo se sentaron en el asiento delantero. Tim dio el contacto, en el momento en que un coche se les acercaba por la derecha.

El vehículo frenó un instante al hallarse a su lado. Su único ocupante lanzó algo al interior del otro automóvil.

Tim se quejó agudamente. El objeto, muy duro, le había golpeado en un pómulo, cayendo luego al interior, entre los pedales de mando. Mientras, el otro automóvil arrancaba con un tremendo rugido.

—¡Tim! ¿Qué ha sido eso? —gritó Donna.

Pero el muchacho no tuvo tiempo de contestar. La bomba de mano explotó en aquel instante y los dos murieron en el acto.

Beathow se hallaba a unos cien o ciento veinte pasos de distancia y oyó el estampido. Volvió la cabeza y divisó las luces de un coche que se le arrojaba encima a toda velocidad.

Apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado, para evitar el atropello. El automóvil pasó rugiendo por su lado y se perdió en la próxima curva en cuestión de segundos.

Todavía tendido en el suelo, se incorporó sobre un codo. Miró hacia el coche que ardía y se imaginó en el acto lo que había sucedido.

De un salto se puso en pie. Corrió hacia el automóvil, pero en aquel instante sonó la segunda explosión, ésta procedente del tanque de combustible.

El automóvil quedó completamente envuelto en llamas. Beathow retrocedió, convencido de que ya no había poder humano que pudiera librar a los Baxter de su trágico destino.

—Es terrible —dijo Sidonie al día siguiente.

—Sí, fue espantoso —convino Beathow.

Sidonie hablaba con el teléfono en la mano.

—Hay algo en su respuesta que me intriga sobremanera —manifestó.

—Es lógico. Yo estaba a cien pasos de los Baxter cuando explotó la bomba que les quitó la vida.

—¡Oh! —gritó ella—. ¿Es eso cierto?

—Absolutamente —confirmó Beathow.

—Pero ¿cómo? Oiga, es mucha coincidencia que en una ciudad

como Londres fuese usted a encontrarse con los Baxter en aquellos momentos.

—No hubo coincidencia. Ellos me esperaban.

—¿Le esperaban?

—Trataron de simular un secuestro. Querían conocer la identidad de la hija de Armaddon. Se habían disfrazado; ella, incluso, se había vestido de hombre, y usaba bigote para mejor ocultar su personalidad.

—Y usted los descubrió.

—Sí, eran muy malos actores. Además, el pobre Tim, forzado indudablemente por su enérgica madre, temblaba de pies a cabeza. Como raptos, catastróficos.

—Como sea, es lamentable. Créame que lo siento, Algy.

—Yo también. Y se lo aseguro, todavía me tiemblan las piernas. Por veinte o treinta segundos no me pescó la explosión junto al coche.

—Me alegro que no le haya pasado nada —dijo Sidonie—. ¿Por qué los mataron, Algy? ¿Se le ocurre alguna idea?

—No hay más que una hipótesis aceptable, en mi opinión: de ocho herederos, ya sólo quedan seis. Más dinero a repartir, ¿comprende?

Sidonie se estremeció.

—¿Supone eso que hay un heredero que trata de asesinar a los demás, para quedarse él con todo el legado de mi padre? —preguntó.

—Pudiera ser —convino Beathow.

—Pero si yo gano el pleito, ese individuo no podrá...

—No es seguro que lo haya ganado, Sidonie.

—Algy, yo le he contratado...

—Sé de sobras para qué me ha contratado —respondió él, vivamente—. Pero creo que mi obligación es no darle falsas esperanzas, a la vez que, naturalmente, trabajo ahincadamente en el encargo que usted me dio.

—Hasta ahora, no ha conseguido mucho —dijo Sidonie, un tanto despectivamente.

—Mujer, pero si acabo de comenzar... De todas formas, pudiera ser que hoy llegase a conseguir algo.

—¿Cómo, Algy?

—Mi obligación es informarle a usted del resultado de mis actuaciones; pero no necesito darle detalles de cada paso.

—Oh, ya entiendo. Bueno, de todos modos, llámeme en cuanto sepa algo.

—Descuide, Sidonie.

Beathow dejó el teléfono en su sitio y quedó pensativo unos instantes. ¿Era cierto que había un heredero que quería eliminar a los restantes?

En cierto modo, y para él, resultaba una cuestión secundaria. La cuestión primordial estribaba en descubrir al asesino de Walter Armaddon.

Y para ello debía dar el primer paso, con una visita a cierta persona, con la cual pensaba entrevistarse cuanto antes.

La mujer le miró críticamente, sin atreverse a abrir del todo la puerta. Era muy hermosa y de cuerpo exuberante, mal velado en aquellos momentos por una *négligée* de color rosa fuerte.

—Ya he dicho cuánto sabía a la policía —manifestó Nelly Marble—. ¿Por qué he de recibirle a usted para hablar del asesinato del señor Armaddon?

Beathow enseñó unos billetes.

—Por esto —contestó.

Nelly remoloneó un poco, pero acabó por abrir.

—Venga la pasta —dijo, a la vez que se apoderaba de los billetes de un manotazo.

Contó el dinero, mientras Beathow cerraba la puerta.

—Es una miseria —calificó despectivamente.

El visitante emitió un suspiro de resignación.

—¿Cuánto? —consultó.

—Añada veinticinco más o no despegaré los labios.

—Ya me dijeron que usted era una mujer de alma generosa y de un desprendimiento ejemplar —comentó Beathow irónicamente, mientras empezaba a buscar por sus bolsillos—. ¿Le hubiera dado tanto dinero Armaddon por sus sonrisas?

Nelly se puso rígida.

—Si sigue hablando así, lo echaré a la calle —exclamó.

Beathow sacó los billetes.

—Y si tú sigues en ese plan, te voy a dar un par de mamporros,

que estarás dando vueltas una hora seguida —gruñó. Nelly era una mujer dura, despiadada; había que serlo más que ella, pensó.

—Bueno, hombre, bueno, no hay para tomárselo así —dijo Nelly, conciliadora—. Trata de comprender mi posición; después de los policías, han venido periodistas a manadas... Todos prometían mucho, pero daban poco, cuando daban algo.

—Te daban publicidad, que no es grano de anís, en estos tiempos. Cuéntame, ¿cuáles eran tus relaciones con Armaddon?

Nelly se sentó en un diván y cruzó las piernas de un modo espectacular.

—Imagínatelo —contestó.

—¿Era generoso él?

—Me había prometido un collar de perlas.

—Pero no te lo dio.

—No tuvo tiempo. Sin embargo, yo sé que lo había comprado.

—Eso es interesante. ¿Estaba el collar en casa la noche de su muerte?

—Sí. Es decir, supongo que sí.

—A ver, explícate.

—Bueno, fuimos a cenar, después al teatro..., una función muy divertida, me hinché de reír, créeme... Oh, me imagino que esto ya no te interesa... Bien, el caso es que volvimos a casa y nos recibió Philip, el mayordomo. Walter le dijo que subiese champaña al saloncito de arriba y que podía retirarse. Subimos nosotros a continuación y yo me fui al tocador. Allí estaba cuando reventó el petardo. Menudo susto me llevé, los tabiques se caían, temblaba la casa... No te puedes imaginar el pánico que pasé...

—De acuerdo, de acuerdo; pero, dime, ¿cómo sabes que estaba el collar en la casa el día en que murió Armaddon?

—Vi una caja sobre la mesita en que estaba el champaña. Estaba muy bien envuelta, con un lazo de seda de color rojo, muy grande. Yo me imaginé en seguida de qué se trataba, pero no quise mostrar impaciencia. En ocasiones así, hay que ser un poco... mesurada, ¿comprendes?

—Sí —murmuró él pensativamente—. La caja envuelta en papel, con un lazo... Probablemente, Armaddon quitó el papel mientras tú estabas en el tocador y luego, quizá, quiso echar un vistazo al collar. Levantó la tapa de la caja y entonces fue cuando, como dices,

explotó el petardo.

—Así sería, supongo yo —convino Nelly.

—¿Cómo sabías que él te iba a regalar un collar de perlas? Esa clase de regalos, me imagino, se entregan por sorpresa...

—Oh, hace algún tiempo se lo pedía yo. El dijo un día que, por fin, me regalaría el collar. Cuando vinimos a casa y vi el paquete, me supuse que...

Beathow sonrió.

—Eso es todo, muchas gracias —dijo.

Nelly se puso en pie de un salto.

—¿Te vas? —preguntó.

—Sí, claro.

—No me he portado antes muy bien contigo, pero es que desconfiaba y... ¿No quieres quedarte a tomar una copa?

Beathow contempló a la mujer de pies a cabeza. Nelly tenía una figura seductora y sus labios sonreían de un modo peculiar. Pero no podía entretenerse.

—Otro día —evadió la proposición—. Te llamaré por teléfono.

—Que sea cuanto antes —pidió Nelly ávidamente.

—Sí —contestó Beathow, lacónico.

CAPÍTULO V

Philip Long, el mayordomo del difunto Walter Armaddon, se retorció las manos nerviosamente.

—Todavía no he conseguido coordinar mis ideas —manifestó—. Compréndalo, señor; jamás me había visto en un trance semejante... Policías y periodistas vienen a interrogarme casi de continuo...

—Bien, bien, Philip, pero la cosa ha sucedido y no podemos modificarla —dijo Beathow, tratando de mostrarse persuasivo—. Procure esforzarse; se sentirá así mucho mejor.

—Sí, señor. Pregunte lo que sea, le contestaré con mi mejor buena voluntad.

—Gracias, Philip. Dígame, ¿oyó hablar alguna vez al señor Armaddon que iba a regalar algún collar de perlas a la señorita Marble?

—No, señor; había cosas para las cuales era sumamente discreto.

—Pero el explosivo vino en la caja del collar, Philip.

El mayordomo abrió los ojos, muy sorprendido.

—¿La caja del collar? No, señor —contestó—. Lo que había arriba era un libro de lujo.

—¿Cómo? —Respingó Beathow.

—Sí, señor; a media tarde, llegó un caballero con el paquete y me dijo que era un encargo del difunto señor Armaddon. Por el tacto y el peso, me pareció un libro, de buen tamaño, ciertamente.

—Conque un libro, ¿eh? ¿Se lo dijo usted al señor Armaddon?

—No, lamento tener que decir que me olvidé del incidente. Luego lo recordé, pero ya estaban ellos arriba y supuse que el señor vería el paquete y...

—¿Quién lo trajo, Philip?

—Un caballero de unos cuarenta y tantos años, muy distinguido. Vestía sobriamente, pero con gran elegancia, y se mostró muy

amable y cordial. Incluso quiso darme una propina, pero yo la rechacé; mi dignidad no me permite...

—Claro, claro, Philip —sonrió el joven—. ¿Puede darme otros detalles del caballero que trajo el paquete?

—Bien, su apariencia era digamos corriente; no llevaba encima nada que lo hiciera destacar de otros más o menos como él... Llevaba puestos los guantes y... Ah, sí, señor; ahora lo recuerdo. Tenía una manchita en el lado derecho de la cara, hacia la mandíbula inferior; como un lunar... Sería del tamaño de la uña del índice, más o menos. La mancha era bastante clara...

Beathow aprobó con un movimiento de cabeza. El lunar podía ser una buena pista.

—La última pregunta, Philip; aunque un mayordomo, por obligación, ha de ser discreto, no por ello deja de estar enterado de ciertos asuntos de su señor. ¿Dónde compraba el señor Armaddon las joyas?

—Oh, señor, solía hacerlo en la joyería de Rowson & Gable, en Bayswater Street. Lo sé porque una vez hizo un regalo a una dama y pude ver en el paquetito la etiqueta de ésa joyería.

—Ha sido usted muy amable, Philip; sus indicaciones me han resultado altamente valiosas. Mil gracias —se despidió Beathow.

—Siempre a sus órdenes, señor —contestó el mayordomo, inclinándose profundamente.

Félix Rowson miró a su visitante como si estuviese en el trono de un imaginario reino, dignándose recibir a sus humildes súbditos, de los cuales Algy Beathow era el más indigno. El señor Rowson vestía correctamente de oscuro, con corbata lisa, plateada, y una camelia en la solapa de su impecable chaqueta.

—Por principio, tenemos la norma invariable de no facilitar información alguna sobre nuestros clientes, salvo, en las rarísimas ocasiones en que esto ocurre, a la policía —dijo el joyero con voz glacial—. No obstante, como fue una operación enteramente legal y la firma no tiene nada que reprocharse, le diré que, efectivamente, el señor Armaddon encargó aquí un valioso collar de perlas, cuyo importe fue abonado escrupulosamente en la cantidad previamente acordada.

—El señor Armaddon hacía siempre honor a sus compromisos. Dígame, ¿vino él a recoger su collar?

—No, señor; vino un caballero que dijo ser su secretario privado y que enseñó una tarjeta firmada por el propio señor Armaddon. Puesto que el importe había sido satisfecho y todo parecía en regla, entregamos el collar al secretario y...

Algo chispeó de pronto en la mente de Beathow, pero se abstuvo de comentarlo en presencia del joyero.

—Ese secretario, ¿tenía por casualidad un lunar de color marrón en el lado izquierdo de la cara? —preguntó.

—Sí, es cierto —contestó Rowson, muy sorprendido.

—¿Dio su nombre?

—No, no, señor.

—Gracias... Ah, una pregunta más. ¿Cuál era el precio del collar?

Rowson se puso aún más tieso de lo que estaba habitualmente.

—Permítame que lo calle, señor —dijo—. Eso es algo que queda exclusivamente entre el cliente y la firma.

Beathow sonrió. Luego metió la mano en un bolsillo, sacó una moneda de un chelín y la depositó sobre el mostrador.

—No aceptamos propinas, señor —dijo Rowson, ofendido.

—No es una propina. Es para que se remoje usted el palo.

—¿El palo?

—Sí, hombre, sí, ese que tiene de la garganta al estómago y le hace estar tan tieso. A ver si se le ablanda y se convierte usted en una persona normal y corriente.

—¡Oh, qué insolencia! —se escandalizó el joyero.

Pero Beathow estaba ya camino de la puerta de la calle.

CAPÍTULO VI

Cuando Beathow llegó a su casa, sonaba el teléfono. Corrió hacia el aparato, pensando que se trataría de Sidonie, pero se llevó una gran desilusión.

La voz era masculina:

—¿Capitán Beathow?

—Sí, yo mismo. ¿Quién es usted?

—Eso no importa ahora —respondió el desconocido—. Lo que importa es el consejo que le voy a dar. Está encargado de buscar al hombre que mató a Armaddon. No fue un asesinato, sino un acto de justicia. Abandone el caso o le pesará; no volveré a avisarle más.

—La muerte de los Baxter, ¿fue también un acto de justicia?

El hombre se quedó parado.

Beathow se echó a reír.

—Los términos justicia y asesinato se confunden, lamentablemente, con demasiada frecuencia —dijo—. Una pregunta, mi desconocido amigo: ¿Por casualidad, tiene usted un lunar de color café en el lado izquierdo de la cara?

Al otro lado de la línea se oyó una maldición. Luego sonó el violento golpe de un teléfono dejado caer sobre la horquilla con demasiada fuerza.

Beathow ya no reía. Ahora se sentía preocupado, pero no por sí mismo, sino por el hecho de que había alguien que conocía sus relaciones con Sidonie Willesley.

De pronto, llamaron a la puerta.

Beathow se dispuso a abrir, maldiciendo en su interior al inoportuno visitante, que le impedía llamar a Sidonie.

Abrió. Su estupefacción fue enorme al verse ante el hombre del lunar.

—¿Capitán Beathow? —saludó el recién llegado con una ancha sonrisa.

—Sí. —Beathow apretó los labios—. Usted debe ser O’Hyams.

—En efecto. ¿Puedo pasar?

Beathow se echó a un lado.

—Entre y dígalo todo de una vez —pidió.

O’Hyams

arqueó las cejas.

—No entiendo...

—Le haré una pregunta, señor

O’Hyams.

¿Dónde estaba usted hace un minuto?

—De camino a esta casa, por supuesto. Pero no entiendo qué...

—Armaddon fue asesinado mediante un paquete explosivo. El hombre que lo llevó a su casa tenía, más o menos, el aspecto de usted y un lunar idéntico al suyo en el lado izquierdo de la cara.

O’Hyams

lanzó una gran carcajada.

—Pero, hombre, esto no es un lunar, sino un parche exclamó, a la vez que se lo quitaba con la mano. —Me he cortado un poco al afeitarme esta mañana y me puse un trozo de esparadrapo, el cual, como puede ver, no es blanco, sino de color *beige* un tanto fuerte.

Beathow tenía al boca abierta.

—Pero... esas cosas... Bueno, cuando uno se corta afeitando, no se pone un parche casi circular, sino que se pone un trocito recto...

—Yo he usado los parches de una cajita que tengo, con diversas formas, que dependen de la cortadura o la minúscula herida que uno se haga. La forma casi circular evita que las puntas se despeguen incómodamente.

Beathow expelió el aire contenido en los pulmones.

—¡Pues me ha dado usted un susto de muerte! —Gruñó—. En el primer momento, ese parche me pareció un lunar...

—Siento haberle defraudado —sonrió el visitante.

—No se preocupe, amigo. Bueno, ahora, dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Verá, capitán, voy a serle sincero. Ando mal de fondos. Yo esperaba esas cincuenta mil libras como agua de mayo. Pero, cuando menos lo esperaba, va y sale usted diciendo que la hija de Armaddon piensa impugnar el testamento. En el peor de los casos,

me quedaré sin nada. En el mejor, pasará largo tiempo antes de que los tribunales dicten sentencia.

—Sí, es un razonamiento correcto —aprobó Beathow.

—Me gustaría conocer a su cliente, capitán. Desearía entenderme personalmente con ella...

—Lo siento, mientras mi cliente no me lo permita, no puedo facilitar su identidad.

—¿Por qué se esconde? ¿Tiene miedo de alguien? Quizá su origen extramatrimonial la avergüence, pero, a la larga o a la corta, se ha de saber su nombre. Cuando cobre la herencia, ¿se sentirá menos avergonzada por poseer una inmensa fortuna?

—Tengo la impresión de que su origen no quita el sueño a mi cliente, pero, si no quiere que divulgue su identidad, no he de ser yo quien la contradiga. Compréndalo, señor O'Hyams.

—No tengo otro remedio que resignarme —contestó—. En fin, discúlpeme...

—Está disculpado —dijo Beathow cortésmente—. Por cierto, ¿no quiere un trocito de esparadrapo?

—Gracias, fue un corte muy pequeño y ya me conviene llevarlo al aire para que termine de cicatrizarse.

O'Hyams

se marchó. Beathow movió la cabeza.

—No entiendo por qué ese tipo ha venido a visitarme —dijo, minutos más tarde, después de relatar a Sidonie cuánto había hecho durante el día.

—Está claro, hombre: necesita dinero.

—¿Podría proporcionárselo usted?

—Bueno, si sólo se tratase de unos cientos de libras... Pero es un tipo muy dado a la buena vida y poco aficionado a curvar el espinazo. Siempre ha vivido de su lindo tipo, usted ya me entiende. Lo que sucede es que los años no pasan en balde y cada día le cuesta más encontrar una cliente dispuesta a sufragar sus gustos caros y refinados.

—¡Caramba, qué bien conoce a

O'Hyams!

—exclamó Beathow, asombrado.

—Antes de empezar a actuar, me preocupé de investigar

detenidamente a los presuntos herederos —contestó Sidonie.

—Sí, ya lo veo.

—Escuche, Algy, se me acaba de ocurrir una idea.

—Bien, suéltela...

—Usted creía que

O'Hyams

era el hombre de la amenaza telefónica. En un principio, pensó que el parche era un lunar.

—Sí, aunque más tarde, hubiera visto mi equivocación. Pero, en el primer momento, sugestionado, creí...

—Philip también pudo creer lo mismo, Algy.

Beathow se quedó pensativo un instante.

—No —dijo al cabo.

—¿Por qué?

—Es bien sencillo: el portador de la bomba no se hubiera puesto un parche deliberadamente, para dejar una pista clara sobre su personalidad.

—O quizá lo hizo precisamente para confundir a la policía, Algy.

—Tú conoces a mucha gente, Sue —dijo Beathow al día siguiente, mientras la joven llenaba dos copas.

—¿Qué te hace suponer una cosa semejante? —preguntó ella, mientras se sentaba junto a su visitante.

—Verás, últimamente salías mucho con John Park.

—Es cierto.

—Y él, naturalmente, se movía por ambientes donde acuden los artistas.

—Sí, me presentó a cantidad de gente...

—¿Te presentó alguna vez a un tipo parecido a éste?

Beathow sacó la fotografía de

O'Hyams

y se la entregó a Sue. Ella dejó la copa a un lado y contempló la imagen durante algunos segundos.

—Me parece conocido, en efecto —dijo al cabo.

—Lo celebro. Ahora, dime, por favor, ¿has visto en alguna ocasión a un tipo parecido al de la fotografía? Fíjate bien, no él, sino otro parecido: alto, elegante, distinguido, correcto...

Sue cerró los ojos.

—Creo que sí —murmuró.

—Haz un esfuerzo. Concéntrate para recordar —aconsejó él.

Sobrevino una corta pausa de silencio.

—Es un actor secundario, de los que figuran ordinariamente en ciertas comedias de ambiente elegante —habló Sue después de unos momentos—. Papeles muy cortos, ciertamente, aunque él presume de ser un magnífico actor.

—Ya. ¿Cómo se llama?

—Bert Dorenson. Algunas veces, en efecto, le gastábamos bromas, bueno, John, sobre todo, diciéndole que él y

O'Hyams

parecían hermanos. Bert contestaba con buen humor, pero aseguraba que era hijo único.

—Bueno —sonrió Beathow, satisfecho—, será cosa de hacer una visita al tal Dorenson.

—¿Ahora? —preguntó Sue, poniendo los labios en forma de hociquito.

Beathow la miró unos instantes. Luego pasó un brazo en torno a su cintura y la atrajo hacia sí.

—Creo que esa visita puede esperar un rato —dijo, mientras buscaba con ardor unos cálidos labios que se Ofrecían generosamente.

Llamó a la puerta y no contestó nadie. Beathow frunció el ceño, porque antes de salir de casa de Sue Collins, había usado el teléfono y Dorenson le había dicho que aguardaría su visita.

Ciertamente, Dorenson vivía en un lugar bastante alejado, en Tooley Street, lo que implicaba una travesía de Londres casi completa. Por ello había tardado en llegar casi tres cuartos de hora.

Pasaban ya de las diez de la noche. A la segunda llamada, Beathow empezó a pensar mal de la firmeza de palabra del actor.

Pero, casi sin darse cuenta, se apoyó ligeramente en la puerta y ésta se abrió un poco. Las cejas de Beathow se elevaron un tanto.

Empujó algo más. La luz de la sala estaba encendida a medias, sólo se usaba en aquellos momentos una lámpara de escasa potencia.

A pesar de todo, era suficiente para ver al fondo, en la puerta que comunicaba con el interior del departamento, un par de pies

situados en una postura harto macabra.

Beathow sintió como una especie de golpe en el pecho. Avanzó un poco más y entonces le pareció oír a su izquierda una respiración entrecortada.

Todos sus músculos se pusieron en tensión. Saltó a un lado y exclamó:

—¡Estoy armado! ¡Levante las manos inmediatamente!

Una voz femenina, llena de terror, contestó:

—¡No tire, no tire...!

Beathow cerró la puerta de golpe. El asombro más absoluto se pintó en su rostro al reconocer a Sidonie.

—¡Usted! —exclamó—. Pero ¿qué demonios hace aquí?

Sidonie se ahogaba. Estaba terriblemente lívida y apenas si podía hablar:

—El... ese hombre, está mu... muerto... Le..., le han apuñalado...

Beathow agarró a la muchacha por un brazo.

—Cálmese —ordenó perentoriamente—. Domine sus nervios, no se ponga histérica. Nada de lo que haga conseguirá volver a la vida a Dorenson, ¿entendido?

—¿Le..., le conocía usted?

—Desgraciadamente, no he llegado a tiempo de conocerle —respondió él de mal humor—. Siga aquí y no se mueva.

Beathow avanzó hacia el caído y se inclinó sobre él. No cabía la menor duda: estaba muerto. Un puñal hincado hasta el mango en el corazón había realizado la trágica tarea.

El arma estaba todavía en el cuerpo de la víctima. Beathow no se atrevió a tocarla, temeroso de dejar sus huellas dactilares. Pero se arrodilló para examinar el mango con todo detenimiento.

Una sospecha se infiltró de súbito en su mente. Miró el lado derecho de la cara de Dorenson: no había lunar alguno y no le extrañó, porque Sue ya se lo había confirmado.

Unos segundos después, se puso en pie.

—Sidonie —llamó.

—Dígame, Algy.

—¿Cómo ha venido usted a parar a esta casa?

—Pues...

De repente, se oyó a lo lejos el campanilleo de un coche policial.

Beathow intuyó lo que podía suceder unos minutos más tarde.

—Vámonos. Sidonie, ya hablaremos después —dijo, a la vez que tiraba del brazo de la muchacha.

—Eh, que la puerta está aquí...

—Sí, precisamente por donde entrarán los agentes de Scotland Yard —contestó él, con amargo humorismo.

Dorenson vivía en la primera planta de un edificio vulgar. Una de las ventanas traseras daba a un patiezuelo, al que llegaron instantes después, cuando ya morían en el otro lado los sonidos de la alarma del coche policial. Salvaron una pequeña tapia y salieron a una calleja estrecha y escasamente iluminada. Pasos muy rápidos sonaron de repente cerca de ellos.

—Venga, pronto —siseó él.

Antes de que Sidonie pudiera darse cuenta de lo que iba a ocurrir, dos fuertes brazos la agarraron con fuerza. Unos labios de hombre oprimieron los suyos.

El resplandor de una linterna cayó sobre ellos. Sidonie lanzó Un grito de susto, que tenía muy poco de fingido.

—Vaya, vaya —dijo el policía con soma—. Seguro que no se han enterado de lo que sucede, ¿verdad?

Beathow fingió una ignorancia completa.

—No. ¿Qué pasa, agente? —preguntó.

—En esa casa de ahí, se ha cometido un asesinato. ¿Han visto ustedes algo? Pero, no, qué van a ver... A decir verdad, de haberme encontrado yo en la situación de ustedes dos, no habría visto ni oído nada —comentó con tranquilo humorismo.

CAPÍTULO VII

—Mi coche está cerca de la casa de Dorenson —dijo Sidonie, cuando ya se sentaba en el de Beathow y a su lado.

—Déjelo ahí y vuelva mañana a buscarlo. El jefe de la patrulla es un hombre listo y envió a uno de sus agentes a vigilar la puerta posterior. Si ahora la viese ese hombre, podría sospechar y, puesto que nos han dejado libres sin demasiados requisitos, conviene no seguir tentando a la suerte.

—Está bien —aprobo ella—. Pero, dígame, ¿por qué me citó usted en casa de ese hombre?

—¿Yo? Diablos, es lo último que se me habría ocurrido...

Sidonie no hizo caso de la extrañeza de su acompañante.

—Hombre, ahora irá a negar la evidencia —exclamó, irritada.

—Pues claro que no la he llamado. ¿Cuándo recibió esa llamada telefónica?

—Hace una hora, aproximadamente. Usted me llamó, me dio la dirección de Dorenson, sin citar el nombre siquiera, y me dijo que aguardase en el departamento que encontraría abierto. Acababa de llegar y todavía estaba muerta de miedo por haber visto el cadáver, cuando llegó usted.

—Sidonie, quienquiera que hiciese la llamada, fingió mi voz o quizá se limitó, simplemente, a usar mi nombre. Sería un hombre, supongo.

—Sí. Dijo, claramente: «Soy Algy. Sidonie, acuda a...», y yo fui, naturalmente.

—Yo no he sido —insistió él.

—Pero, entonces, ¿por qué me hicieron acudir a casa de Dorenson?

—Parece ser que tenía cierto éxito entre las mujeres —respondió Beathow—. El asesino calculó que la policía la hallarla en su casa y que usted se vería metida en un buen lío. ¿Cómo iban a creer que

usted y Dorenson no se conocían? Incluso podían pesar que lo había asesinado por celos.

—¡Celos! —se escandalizó Sidonie—. ¡Qué estupidez!

—A los ojos de un policía, no habría resultado tanta estupidez, créame. Y el lío en que usted se habría metido sería de los gordos. Lo que pasa es que el asesino, quizá, no sincronizó bien los tiempos. Por eso los policías llegaron unos minutos tarde.

—Y usted, ¿cómo apareció por allí?

—Probablemente, Dorenson fue el hombre que llevó el paquete explosivo a su padre.

Sidonie se tapó la boca con una mano.

—Apostaría algo a que lo asesinaron para que no hablase —dijo.

—Seguro —contestó Beathow—. Pero hay algo que me preocupa sobremanera. Philip dio una descripción del hombre que llevó la supuesta caja del collar, muy semejante a la de Dorenson. Pero entonces, Dorenson, si fue él, y todo parece indicar que sí, llevaba un lunar de color marrón en el lado derecho de la cara. Ahora, sin embargo, el lunar no estaba en su rostro, lo que me hace sospechar que fue un detalle fisonómico deliberadamente imaginado, a fin de dar una pista falsa a la policía.

—Un lunar —repitió ella—. Sí, pudo ser un detalle revelador, pero si ya no lo tiene...

—Dorenson era actor de teatro. No le resultó difícil pintarse un lunar en la cara.

—Entiendo. Y lo han matado para que no hable.

—De eso puede estar segura, pero agregue, además, que ha muerto porque, quizá, el precio del transporte del paquete le pareció escaso.

—¿Usted cree?

—Sí, estoy convencido de ello. Sidonie, se trata de una enorme fortuna. Hay muchos intereses en juego y, para algunos, la vida de ciertas personas carece de importancia. ¿Lo entiende ahora?

—Por completo, Algy.

Callaron un momento. Luego, ella preguntó:

—¿Qué va a hacer usted?

—Trataré de hablar con cierto individuo que quizá pueda darme más detalles de la muerte de Dorenson. Y lo haré esta misma noche sin falta.

—Me gustaría ir con usted —exclamó Sidonie vehementemente.

—¿Se le ha pasado ya el miedo? —preguntó Beathow, sonriendo.

Sidonie exhaló un hondo suspiro.

—Era la primera vez que me encontraba en una situación semejante —respondió—. Y también la primera vez que me acosan de tal modo contra la pared de una tapia.

Beathow se echó a reír.

—¿No le pareció una buena solución para despistar a la policía? —exclamó alegremente.

Eric

O'Hyams

miró con escasa amabilidad a la pareja que había frente al umbral de la puerta.

—Es ya un poco tarde para visitas, ¿no es cierto, capitán? —dijo engoladamente.

—Quizá —respondió Beathow en tono intrascendente—. Señor O'Hyams,

permítame que le presente a la señorita Willesley. Sidonie, éste es el caballero de quien te he hablado durante el trayecto.

—¿Cómo está usted? —saludó ella.

O'Hyams

apretó los labios.

—Pasen —cedió finalmente.

Beathow y la muchacha entraron en el piso, pequeño, pero decorado con un indudable buen gusto. Uno de los motivos de la decoración era una gran panoplia con numerosas armas antiguas, ninguna de ellas de fuego.

—¿Y bien, capitán? —dijo el dueño de la casa.

—Deseo hacerle unas preguntas —manifestó Beathow—. Se refieren a un conocido suyo, Bert Dorenson.

—Ah, sí, es muy buen amigo. Y nos parecemos bastante; algunos, incluso, creen que somos hermanos, aunque no gemelos, desde luego; la semejanza no llega a tanto.

—Concuerda con los informes que tengo —dijo el joven—. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Dorenson?

O'Hyams

elevó un ojo al techo, como si calculase la respuesta.

—Una semana, quizá menos —contestó—. No puedo precisar fechas. Hay veces que nos vemos a diario y, en ocasiones, tardamos más...

—De modo que hace una semana que no ha visto a Dorenson.

—No. Aproximadamente, ése es el tiempo, capitán. Pero ¿a qué vienen todas esas preguntas?

Beathow sonrió.

—Hoy mismo, usted fue a verme, porque quería conocer a la hija de Armaddon. Aquí la tiene, señor

O'Hyams.

La sorpresa del dueño de la casa fue absoluta.

—Extraordinario —murmuró—. Pero ella no se apellida Armaddon...

—El apellido es lo de menos en estos momentos, aunque espero poder usar algún día el de Armaddon —dijo Sidonie.

—Bueno, a decir verdad, que se llame Willesley o Armaddon, tanto me da —contestó

O'Hyams

con indiferencia—. Si tiene derecho a la herencia, yo me quedaré sin un penique y esto es lo que verdaderamente me interesa.

—Señor

O'Hyams,

puede tener la seguridad de que, si mi padre dejó algún dinero a sus parientes, yo respetaré íntegramente su voluntad —declaró la muchacha con voz firme—. Pero lo que yo deseo verdaderamente es descubrir al hombre que le envió la bomba; no al que la llevó materialmente hasta su residencia, sino al que ideó ese mortífero plan que le costó la vida.

—Empeño loable —aprobó el dueño de la casa—. Pero ¿cómo piensa conseguirlo?

—Hemos estado a punto de hablar con el que transportó el paquete explosivo —intervino Beathow.

—¿Cómo? —dijo

O'Hyams.

—Era amigo suyo. Bert Dorenson, por más señas.

—¡Increíble! No puedo figurarme a mi buen amigo Bert, portándose como un terrorista vulgar...

—¿Y si fue usted, señor

O'Hyams?

El individuo se irguió majestuosamente.

—Está en mi casa y no puedo dar respuesta adecuada a ese insulto —contestó—. Pero les ruego a ambos hagan el favor de salir inmediatamente.

—Un momento —dijo Beathow.

Con paso firme, se acercó a la panoplia y la estudió unos instantes, mientras los otros dos le contemplaban expectantemente. De súbito, Beathow alargó la mano, descolgó un puñal y, con ademán melodramático, lo arrojó para clavarlo en una mesita.

—¿Qué hace usted? —chilló

O'Hyams

—. Es una mesita china, un auténtico trabajo de artesanía, absolutamente legítimo...

—Como el puñal. Y como la pareja de ese puñal, cuyo hueco se advierte claramente en la panoplia, y que ahora se halla clavado hasta el mango en el pecho de su amigo Dorenson.

La boca de

O'Hyams

fue abriéndose lentamente, hasta formar una enorme O mayúscula.

—No es po... posible...

—Ella y yo hemos visto su cadáver —agregó Beathow, implacable.

Sidonie asintió en silencio.

—Y usted sabe quién mató a Armaddon —acusó el joven.

O'Hyams

se pasó una mano por la frente.

—Sabía que esto no podía salir bien —murmuró—. No podía salir bien...

—¿Por qué? —preguntó Sidonie.

—Bert y yo nos parecíamos bastante, aunque no lo suficiente, para confundirnos completamente. Bert tenía que actuar en un par de escenas, sin parlamento, y no figuraría en los primeros planos, así que me pidió lo sustituyera, de acuerdo con el director, que era amigo suyo. Bert me dijo que le había salido un trabajo muy interesante... Cuando nos volvimos a ver, me enseñó un fajo de billetes... Me lo contó todo; le habían dado el dinero por hacerse

pasar por el secretario de Armaddon y llevar el paquete a su casa.

—¿Y no sospechó él que se trataba de una bomba?

O'Hyams

se echó a reír.

—¿Sospecharía usted si le diesen el paquete en una joyería de prestigio?

—Es cierto —convino Beathow—. Pero, puesto que eran tan amigos, le diría, supongo, el nombre de la persona que le pagó por ese trabajo.

—Sí, me dijo que era...

De pronto, se oyó un ruido apagado, como el taponazo de una botella de champaña al ser descorchada.

O'Hyams

se estremeció vivamente, a la vez que en su rostro aparecía una mueca de dolor. Se oyó otro chasquido y entonces,

O'Hyams

giró violentamente y, tras un par de pasos vacilantes, se desplomó sobre la alfombra.

Beathow reaccionó vivamente y tiró de la muchacha, para ponerla al abrigo de un sillón, que les protegiera de los proyectiles, pero ya no hubo más disparos.

El asesino había hecho fuego desde la puerta que comunicaba la sala con el interior de la casa. Tras una ligera vacilación, Beathow se lanzó hacia aquella parte y la registró cuidadosamente, pero fue en vano.

No había ya el menor rastro del autor de los disparos. En la mente de Beathow se había grabado la figura, apenas entrevista, de un hombre vestido de negro, con sombrero del mismo color, cuyas alas ensombrecían sus facciones por completo. El asesino apenas había asomado poco más que el brazo, el hombro derecho y parte de la cara, lo justo para tomar puntería.

—Y luego le ha quedado tiempo de sobra para escapar —murmuró amargamente, mientras regresaba a la sala.

Sidonie, palidísima, le miró llena de temor.

—Deberíamos marcharnos —sugirió.

Beathow asintió.

—Sí. Espere un momento...

Se inclinó sobre el caído. Pero

O'Hyams

no hablaría ya, no podía decir el nombre del sujeto que había enviado el paquete explosivo a Walter Armaddon.

CAPÍTULO VIII

—Dorenson y

O'Hyams

estaban condenados a muerte desde que aceptaron tomar parte en el juego —dijo Beathow, mientras regresaban a casa de la muchacha.

—¿Lo cree usted así? —preguntó Sidonie.

—Sin ningún género de dudas —aseguró él—. Mire, imaginemos al tipo que quiere asesinar a Armaddon y llamémosle Equis. Equis quiere cargarse a Armaddon y desea hacerlo de una forma infalible y, además, que no le relacione en modo alguno con el crimen. Entonces, busca a dos personas que puedan colaborar con él, aunque, claro está, sin declarar sus propósitos por completo. Dorenson y

O'Hyams

eran tipos de finanzas no demasiado boyantes. Dorenson era actor y podía desempeñar mejor el papel que su amigo, quien sólo tendría que aparecer como uno más en la escena. Dorenson, en cambio, tenía que actuar en la joyería y en casa de Armaddon, al entregar el paquete. El dinero que recibiría por este trabajo era bastante más que el que iba a cobrar por su intervención en la escena. Naturalmente, el trabajo le interesó. Y como era amigo del director, pudo hacer que su amigo Eric cobrase algunas libras, que no le vendrían mal, como es de suponer.

»Pero, claro está, Armaddon murió después y tanto el uno como el otro se dieron cuenta de que habían sido cómplices de un crimen. ¿Pidieron más dinero por su silencio? Ninguno de ellos lo ha mencionado, aunque no deja de ser una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Pero, pidiendo o no dinero, podían hablar y por eso murieron asesinados. Yo llamé a Dorenson y él me contestó, aceptando la entrevista, pero, quizá, el asesino estaba ya

agazapado, aguardando el momento oportuno para emplear el puñal que había quitado de la panoplia de O'Hyams.

—¿Y cómo lo quitó de la panoplia, Algy?

—Era un arma antigua y daría, dará un toque exótico al crimen. Por lo demás, el asesino no podía ignorar este detalle; al menos, yo, si contratase a dos hombres para una faena semejante, procuraría saberlo todo de ellos, para prevenirme en cualquier momento.

—Lógico, salvo una cosa, Algy.

—Dígame, Sidonie.

—La bomba. El collar salió de la joyería y Dorenson lo llevó a casa de mi padre inmediatamente...

—¿Puede asegurarlo? ¿Está en condiciones de afirmar que fue así? ¿Cómo sabemos que Dorenson no fue a entrevistarse con el asesino y que éste le dio otro paquete idéntico, con la bomba, naturalmente?

Sidonie se quedó pensativa unos instantes.

—Pudo ser así, en efecto —convino.

El coche se acercaba ya a casa de Sidonie.

—Esta noche le costará dormirse —sonrió Beathow—. Tómese un vaso de leche tibia, con algunas gotas de *brandy*; no emplee sedantes. Ese mejunje es mejor que cualquier hipnótico.

—Seguiré su consejo —prometió ella.

Beathow arrimó el coche a la acera.

—Por cierto, todavía no conozco a los testigos que han de probar que es usted la hija de Armaddon —dijo.

—No tardará en conocerlos, Algy —respondió Sidonie.

—Y otra cosa de la que no sé nada, son sus relaciones con su padre. ¿Se habían hablado alguna vez antes de su muerte?

—Sí, bastantes veces. Pero él no sentía hacia mí ninguna simpatía. Es más, en las dos últimas ocasiones en que nos entrevistamos, después de que anteriormente lo hubiera admitido, negó que yo fuese su hija.

Beathow meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Ganar el pleito no va a ser cosa fácil —aseguró.

—Aunque sea una frase de horrible pedantería, le diré que así la victoria parecerá doblemente sabrosa —contestó Sidonie con una sonrisa.

El abogado Bolton miró a su visitante con expresión llena de reticencia.

—¿Viene a decirme que considera ganado el pleito, capitán? —preguntó.

—¿Lo sentiría usted, señor Bolton?

Sonó una risita irónica.

—El dinero del difunto señor Armaddon no va a ser para mí, salvo lo correspondiente a nuestros honorarios —respondió—. Por tanto, la firma es neutral en este asunto.

—Y desea que gane el mejor.

—El que mejor derecho tenga. Y lo demuestre —puntualizó Bolton.

—Es una buena táctica, en efecto. Abogado, según los términos del testamento, si uno de los herederos muere, su parte incrementará proporcionalmente la de los restantes.

—Así está dispuesto, en efecto.

—Han muerto tres herederos: Donna Baxter, su hijo y Eric O'Hyams.

Son ciento cincuenta mil libras a repartir entre cinco...

—Treinta mil para cada uno. Ahora, la herencia alcanza ya las ochenta mil libras *per cápita*.

—Tiene usted un elevado sentido del humor —dijo Beathow—. Pero, por lo que puedo juzgar, ninguno de los herederos era pariente muy allegado de Armaddon. Algunos ni siquiera lo eran.

—Los Baxter sí eran parientes y también Rudolf Murray tiene relación familiar con el difunto. En cuanto a los demás, supongo que el motivo de mencionarlos en el testamento debe de ser por... digamos servicios prestados.

—¿Qué clase de servicios, señor Bolton?

—Perdóneme, pero nosotros nos ocupábamos solamente de los asuntos legales del difunto, no de sus... asuntos comerciales. Sobre esto tenemos una información muy escasa. El género de comercio al que se dedicaba Armaddon no es de la clase de trabajo que frecuenta los tribunales. Las diferencias entre competidores se solucionan de un modo privado.

—O mediante una buena bomba.

—Sí, tal vez.

—Continuemos hablando de los herederos —propuso Beathow

—. ¿Qué me dice de Betty Pows?

—¿Por qué no la visita y se lo pregunta directamente a ella?

—Excelente sugerencia, abogado. ¿Y Murray?

—Era sobrino en segundo grado. Un buen muchacho, tengo entendido.

—Así que los otros, en tiempos, habían tenido relación con Armaddon y éste, agradecido, les había mencionado en el testamento.

—Supongo que ése fue el motivo. Desde luego, Armaddon no me lo dijo.

—Otra cosa, y ya la última por hoy. ¿Qué opina de la hija de Armaddon?

Bolton soltó una risita.

—Siempre fue un hombre atractivo e impetuoso —contestó—. Por tanto, la existencia de la señorita Willesley no resulta extraña en absoluto.

—¿Lo sabía usted?

—Sí.

Beathow respingó.

—¿Y no le extrañó que Armaddon no la hubiese mencionado en el testamento?

—Lo que me extrañó es que Armaddon dijera que Sidonie no era hija suya y que por tanto no tenía derecho a un solo penique de su fortuna. Por tanto, al redactar el testamento, yo me limité a seguir las instrucciones de mi cliente.

—Pero, usted, personalmente, ¿cree que Sidonie no era hija de Armaddon?

—Yo creo solamente lo que creía mi cliente. Si ella insiste en el parentesco, tendrá que probarlo de modo que no haya lugar a la más mínima duda.

Era una respuesta harto significativa. Bolton creería únicamente en la sentencia de un tribunal. Probar que Sidonie había sido hija de Armaddon era cosa suya.

—Muchas gracias, abogado —se despidió.

—Ha sido un placer, capitán —aseguró Bolton.

Las cejas de Betty Pows se alzaron un tanto al reconocer a su visitante.

—Usted es el abogado de la chica que quiere dejarnos sin dinero

—exclamó.

Beathow sonrió.

—Mi cliente sólo reclama lo que cree que le pertenece en justicia —contestó—. ¿Puedo pasar, señorita Pows?

—Entre, entre, y llámeme por el nombre. El protocolo, entre gentes de la misma edad, resulta odioso. ¿Cuál es su nombre de pila, señor Beathow?

—Algernon, pero todo el mundo usa el diminutivo, Betty.

—Bien, le llamaré Algy. ¿Qué quiere tomar?

Betty había pasado al otro lado de una barra de diseño futurista y le miraba expectante.

—Cualquier cosa —respondió él—. No tengo manías por la bebida, si me veo frente a una mujer hermosa.

—Cuidado, Algy —rió ella.

—¿Tiene dueño?

—Todavía no.

—Eso la hace aún más atractiva.

Betty entornó los ojos.

—Los tipos como usted me dan miedo —dijo—. Me hacen sentirme el inerte pajarillo, fascinado por la serpiente que se apresta a devorarlo...

—Esa frase hace que el jurado reconozca que la acusada está como para comérsela.

Ella lanzó una argentina carcajada.

—Es usted diabólico, amigo mío —calificó—. Y, sobre todo, porque estoy segura de que no ha venido aquí solo a lavarme el cerebro con sus bonitas frases. —Le entregó una copa y, con la otra en las manos, apoyó los codos en la barra—. ¿A qué ha venido, Algy?

—Usted es una de las herederas de Armaddon.

—Ya no es tan seguro —contestó Betty.

—Bien, el pleito no se ha resuelto todavía. ¿Por qué se acordó Armaddon de usted en el testamento?

Los ojos de Betty le dirigieron una enigmática mirada.

—¿Quiere la verdad? —preguntó, repentinamente seria.

—Se lo ruego.

Ella inspiró con fuerza.

—Bien, la verdad es que la inmensa mayoría de las mujeres

tienen aspiraciones muy... burguesas, por más movimientos de liberación femenina que anden y chillen por ahí. Ya se puede imaginar, un marido, con trabajo estable, un hogar, unos hijos... Algunas, sin embargo, no lo consiguen pronto y se tienen que agarrar a..., a lo que salga.

—Creo que voy comprendiendo. Siga, Betty.

—Hará un año y medio, conocí a Armaddon. Al poco tiempo, dijo que tenía que hacer un viaje, mitad de negocios, mitad de placer por el Caribe. Me pidió que le acompañase y costeó todos mis gastos de trapos y demás. También me regaló algunas joyas, aunque no de excesivo valor. Volvimos del viaje, me entregó un cheque como recompensa por... la compañía, y eso es todo.

—Significa que guardaba de usted un grato recuerdo.

—Supongo —sonrió ella, ahora más animada—. Pero no le volví a ver.

—¿Le habló alguna vez de una amenaza de muerte?

—Lo mencionó de pasada en alguna conversación, aunque no era un tema en que le gustase profundizar. Yo no le creí demasiado, la verdad, e incluso lo tomé a broma. Pero cuando leí la noticia en los periódicos, supe que sus presentimientos se habían hecho realidad.

—¿Mencionó en alguna ocasión a sus posibles asesinos?

—No, rotundamente, no.

—¿Qué opina de los otros herederos, Betty?

—Jamás los había visto ni oído hablar de ellos, hasta que nos reunimos en el despacho de Bolton.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento.

—Permítame —dijo Betty.

Salió de detrás de la barra, cruzó la sala y abrió.

—¡Rudy! —exclamó, llena de alegría al reconocer a su visitante.

Rudolf Murray se inclinó hacia ella y la besó en una mejilla.

—¿Cómo estás, cariño? —saludó afectuosamente. De pronto, vio al visitante y puso gesto hosco—. Betty, ¿qué hace este hombre aquí? —preguntó, levemente irritado.

Beathow tenía el vaso en la mano y estaba sentado en uno de los taburetes. Hizo un ademán y, sonriente, exclamó:

—Celebro infinito su llegada, amigo Murray; de este modo, me evita ir a su casa.

CAPÍTULO IX

—Te pondré una copa, querido —dijo Betty.

—Estoy aquí por asuntos profesionales, Rudy —aseguró Beathow.

—¿No te acuerdas de él? Es el abogado de la hija de Armaddon —intervino la pelirroja.

Murray se acercó a la barra.

—¿Qué le ha preguntado a ella? —quiso saber.

—Algo muy parecido a lo que le preguntaré a usted, si no tiene inconveniente.

Murray frunció el ceño.

—Para probar que su cliente es la hija de Armaddon no es preciso que vaya interrogando por ahí a los demás herederos —objetó.

—Ciertamente, no; pero es que mi cliente, además, me ha encargado descubrir al asesino de su padre.

—Yo creí que eso era cosa de Scotland Yard —dijo Murray.

—Es una investigación convergente.

—¿Convergente o paralela?

—Si fuese paralela con la de la policía, no se encontrarían ambas en el punto deseado, que es el asesino de Armaddon.

—Toma, Rudy —dijo la pelirroja—. Si quieres mi opinión, creo que debemos cooperar con el capitán Beathow.

—Mi cliente ha declarado que respetará la voluntad de su padre en cuanto a las cantidades legadas —dijo Beathow.

—Un propósito muy noble, pero ¿en qué puedo ayudarle yo? —preguntó Murray.

—¿Cuál era el parentesco que le unía a usted con Armaddon?

—El y mi madre eran primos, es decir, hijos de dos hermanos. Mi madre, al casarse, perdió el apellido de Armaddon.

—Comprendo. Por tanto, usted es sobrino segundo.

—Sí.

—¿Se relacionaba mucho con el difunto?

—No. A decir verdad, era bastante antipático con la familia. Y, por otra parte, sus negocios no me agradaban demasiado. Todavía tengo escrúpulos, ¿sabe?

—Es usted un hombre decente —elogió Beathow.

—Y un magnífico arquitecto —añadió Betty, rebosante de orgullo.

Beathow miró sucesivamente a los dos y comprendió que el flechazo había surgido entre ellos. Betty conseguiría al fin lo que tanto había soñado: un esposo, con un buen trabajo, un hogar, hijos...

—Según sus palabras —continuó—, debo deducir que se relacionaba muy escasamente con Armaddon, amigo Murray.

—A decir verdad, prácticamente nada. En un par de ocasiones le visité. Sabía que había invertido algo en negocios de construcción y yo quise que me interesara en sus proyectos. Pero no llegamos a ningún acuerdo. Tal vez fue porque no resulté lo demasiado dúctil..., pero mi carácter es así, señor Beathow.

—Por todo lo cual le felicito muy sinceramente —dijo el joven, sonriendo—. Dígame, ¿conocía a los demás herederos?

—No, nunca los había visto hasta el momento en que Bolton nos reunió en su despacho.

—Ni siquiera a mí me conocía —manifestó Betty.

—Tengo la impresión que la fecha de la lectura del testamento va a ser memorable para los dos —comentó Beathow.

—Puede estar seguro de ello —respondió la pelirroja, colgándose del brazo de Murray de una forma que no ofrecía lugar a dudas.

Beathow volvió a sonreír.

—Bien, ya no tengo más que preguntarles —dijo—. Gracias por Su cooperación.

Y se dirigió hacia la puerta, pero cuando ya iba a abrir, Murray le llamó.

—¡Señor Beathow!

El joven se volvió.

—Cuando sepa algo acerca del asesino de Armaddon, díganoslo, por favor —dijo Murray.

—Y si su cliente piensa respetar la voluntad de Armaddon, respecto al dinero que nos legó, le deseamos que gane el pleito —añadió la pelirroja—. ¿No es así, Rudy querido?

Murray asintió. Beathow volvió a sonreír y abrió la puerta.

—Cuenten conmigo —se despidió.

A Dan Guggson, tras varias pesquisas, que le costaron más trabajo del que había imaginado, lo encontró al día siguiente, en mangas de camisa y con un taco de billar en las manos, en un lugar en cuyo rótulo podía leerse un título altamente expresivo:

MA'BAXTER.

Beathow se disponía a interrogarle desde un principio, pero prefirió observarle durante unos momentos, desde un cómodo emplazamiento junto a la barra, detrás de la cual había un tipo de rostro lúgubre y delgado como un mango de escoba.

—*Whisky* —dijo Beathow escuetamente.

Guggson tenía un cigarro entre los dientes y hacía una serie de gestos y contorsiones que parecían tener mucho éxito entre los espectadores que contemplaban la partida. Cada vez que lograba una carambola, Guggson se erguía, sonriente, satisfecho de sí mismo, como buscando la aprobación de su público.

«Un jefecillo de banda de mediana importancia», evaluó Beathow.

Un individuo se acercó en aquel momento a la barra.

—Jeff, ponme un especial de la casa —dijo.

—Al momento, Dukey —contestó el *barman*.

Dukey levantó su vaso una vez lleno:

—A la memoria de Ma Baxter y de su estúpido retoño —brindó—. El pobre Tim descansará; el infierno le parecerá infinitamente más llevadero que esta perra vida que le daba su madre. Pero a Satanás se le ha acabado la tranquilidad.

Beathow ocultó una sonrisa, acercándose el vaso a los labios. Jeff y Dukey siguieron hablando:

—Y qué diablos sé yo —rezongó el *barman*—. Ella, en tiempo, anduvo liada con peces muy gordos. Te lo digo yo, que lo sé de buena fuente, la vieja conocía más secretos de los que aprenderemos tú y yo en un siglo.

—Lo que significa que había alguien al que le interesaba cerrarle

la boca —dijo Dukey.

—Hombre, imagínate...

La partida de billar acabó en aquel momento. Sonaron algunos aplausos. Media docena de manos palmearon los anchos hombros de Guggson, quien acogió las felicitaciones con supuesta modestia.

—Bueno, chicos, invito a un trago para celebrarlo —dijo.

Una docena de sujetos de las más diversas cataduras se acercaron al mostrador. De pronto, Guggson divisó a Beathow.

—¡Vaya, pero si está aquí el abogado de la hija de Armaddon! —exclamó jovialmente—. ¿Qué le trae por estos andurriales, señor Beathow?

—Hablar con usted, Dan —contestó el joven sin inmutarse.

—¿Por qué no lo hizo en el despacho de Bolton?

—Me ha parecido más conveniente venir a su propio despacho.

Los ojos de Guggson centellearon malignamente.

—Hay cierta clase de bromas que no me gustan en absoluto —dijo con acento cortante.

Un hombrón, de aspecto hercúleo, se acercó a la pareja en aquel instante.

—Dan, ¿te molesta este tipo? Porque si es así, yo tengo una magnífica receta para espantar los moscones —dijo con acento servil y truculento al mismo tiempo.

Beathow no se dignó siquiera mirar al individuo.

—Dan, ¿le ha dado usted permiso para ladrar a su perrito de aguas? —preguntó.

Guggson respingó primero. Luego sonrió divertidamente.

—Mace no es un perrito de aguas, si es que quiere comprobarlo —contestó.

—Me duele hacer daño a los niños pequeñitos —dijo Beathow.

Mace lanzó un rugido de furia.

—Te voy a... —Y se lanzó contra Beathow, pero, en aquel momento, un puño, sin saber cómo, le aplastó literalmente la nariz.

Mace se tambaleó, visiblemente tocado, a la vez que lanzaba un rugido de dolor. Beathow usó el pie derecho ahora y lo clavó en el estómago del gigante, quien, inmediatamente, se curvó en ángulo recto.

Acto seguido, Beathow agarró a Mace por las orejas y tiró de él con fuerza, haciéndolo correr unos pasos. Luego lo soltó, a menos

de un palmo de la pared, contra la que se estrelló, para rebotar después y quedar sin sentido en el suelo.

Fue una estupenda demostración de habilidad y fuerza física. Guggson tenía la boca abierta de par en par.

—¿Continuamos hablando, Dan? —preguntó Beathow sonriendo, en medio del asombro y la estupefacción de los presentes.

Guggson reaccionó de pronto.

—Sí, pero no aquí —contestó—. ¡Jeff, trae una botella y dos vasos! —ordenó.

Una vez en el reservado, Guggson destapó la botella, llenó los vasos, tomó el suyo y puso el pie derecho encima de una silla. Apoyó el codo en la rodilla y miró con fijeza a Beathow.

—Hablemos claro de una vez —dijo.

—Eso mismo iba a proponerle yo —sonrió el joven.

—¿Para qué ha venido a verme?

—¿Por qué le dejó Armaddon cincuenta mil libras en su testamento? —preguntó Beathow.

—Supongo que por cariño —respondió Guggson despectivamente.

—¿Qué clase de relaciones había entre ambos?

—No estoy obligado a contestar a esa pregunta, abogado.

—Quizá se la haga algún día un juez, Dan.

—Quizá, pero llegado ese momento, daré mi respuesta.

—¿Tampoco puede decirme las relaciones que había entre usted y Ma Baxter?

—Eramos socios en el negocio. Ahora es mío.

—La policía le habrá molestado mucho, ¿no es cierto? —sonrió Beathow.

—Psé..., lo corriente en estos casos. Pero yo estaba aquí en el momento en que a ella la asesinaron. Pude demostrarlo con una docena de testigos...

—Lo último que se me ocurriría pensar es que usted fue el asesino de Donna y de su hijo Tim. ¿Quién lo hizo?

Guggson se encogió de hombros.

—No lo sé. Y no me interesa tampoco —respondió.

—Bonito resultado para usted. El negocio pasa a sus manos y, además, una ganancia extra de treinta mil libras, puesto que han

sido tres los herederos muertos y sus partes se distribuirán entre los restantes.

—Es usted muy mal pensado, amigo mío —sonrió Guggson.

—Cualquiera lo sería, en mi caso. Pero usted no era pariente del difunto Armaddon. Por tanto, algunos motivos tendría para acordarse de usted en el testamento.

—Es posible.

Beathow estudió unos momentos el rostro de Guggson. Estaba claro que el sujeto no se sentía dispuesto a soltar prenda.

—Bueno, no quiero molestarle más. Mi intención era conciliadora —dijo con suave acento—. Por si le interesa, le diré que la hija de Armaddon hará cumplir fielmente todas las instrucciones del testamento, en lo que se refiere a mandas y donaciones a otras personas.

Guggson quitó el pie de la silla.

—¿Quiere decir que esa chica respetará el... bueno, que se me paguen las cincuenta mil libras de la herencia? —exclamó, atónito.

—Más la parte proporcional correspondiente a los legados de los herederos muertos —contestó Beathow sin pestañear.

Sobrevino una pausa de silencio. De pronto, Guggson dijo:

—Señor Beathow...

—Dígame, Dan.

—Tengo que pensar todo esto un poco. Lo que ha dicho usted no es una broma, ¿verdad?

—Hablo y actúo en representación de mi cliente. No se trata, por tanto, de un anzuelo —dijo Beathow muy serio.

Guggson agitó una mano.

—Venga a verme otro día... O mejor, mañana le llamaré yo por teléfono y le diré algo interesante —manifestó.

Beathow comprendió que no convenía apretar mucho al sujeto. Era preciso actuar con cierta habilidad, dando tiempo a que Guggson reflexionara y se convenciese de lo que más le convenía en aquel asunto.

—Muy bien —dijo, a la vez que extraía una tarjeta de visita—. Éste es el número de mi teléfono. Ah, añadiré otro; es el de la hija de Armaddon. Pudiera encontrarme en su casa cuando usted vaya a llamarme.

—Muy bien. —Guggson guardó la tarjeta y sonrió—. Oiga, ha

estado muy bien cuando Mace quiso zurrarle —añadió.

—Debe usted aprender a sujetar a sus cachorros y evitar que se muevan sin su permiso, Dan —contestó Beathow con toda gravedad.

CAPÍTULO X

Aquella misma noche, cuando Dan Guggson regresó a su apartamento, se encontró con una visita inesperada.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó de mal talante.

El otro sonrió con suavidad.

—Te esperaba, Dan —dijo.

—Sí, ya lo veo, pero yo no le he abierto...

—No te fijas nunca en los detalles menudos. Ese detalle no tiene ahora ninguna importancia.

—Bueno, bueno —rezongó Guggson—, lo mejor será que de una vez y se largue...

—Alguien va a hablar por mí, Dan —dijo el visitante.

Ya Lema una pistola en la mano. Guggson vio el cañón, alargado por un silenciador, y quiso gritar, pero la bala llegó antes a su pecho y sólo pudo emitir un gemido ahogado.

El asesino corrió hacia el caído y lo arrastró hacia un cuartito trastero, situado junto al baño. Antes de cerrar, registró a Guggson. La tarjeta de visita que Beathow le había dado pasó inmediatamente a su poder.

En aquel momento, Guggson, que no había muerto instantáneamente, abrió los ojos de un modo horrible.

El asesino sacó la pistola y, fríamente, a dos pasos de distancia, le saltó la tapa de los sesos.

Luego cerró el cuartito. Guggson hacía una vida muy irregular. A nadie le extrañaría que llegase el mediodía y no se le viese aún por los lugares que solía concurrir.

Por dicha razón, la mayor parte del día transcurrió para Beathow esperando en vano una llamada que no se iba a producir. Al fin, a media tarde, salió de casa, se metió en el automóvil y se dirigió a la casa de Sidonie.

Cuando llegó, Sidonie tenía una visita.

Ella hizo las presentaciones en el acto:

—Félix Rowson, el capitán Beathow, mi representante legal...

—Nos conocemos ya —dijo el joven—. ¿Cómo está, señor Rowson?

—Celebro verle de nuevo —respondió el joyero—. Sin palo, naturalmente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sidonie, extrañada.

—Es un secreto entre el señor Rowson y yo, ¿no es así?

—Cierto —contestó Rowson secamente—. Está bien, si me lo permite, señorita Willesley, volveré otro día; seguiremos hablando del asunto...

—Oh, no, no, en todo caso, el que debe marcharse soy yo —dijo Beathow.

—El señor Rowson era el joyero de mi padre —manifestó Sidonie—. Además de venir a presentarme sus condolencias, quería enseñarme también un muestrario de sus joyas.

—Volveré en otro momento —declaró Rowson—. La señorita ha visto el muestrario y ha podido formarse una idea de nuestras existencias y del trabajo de nuestros talleres, en el caso de que le gustase alguna joya especial.

—Magnífico —aprobó Beathow—. No dudo de que, en lo sucesivo, la señorita Willesley será una de sus mejores clientes.

El joyero recibió su maletín y se dispuso a abandonar el piso. De repente, Sidonie exclamó:

—¡Señor Rowson, se deja usted esta cartera!

—Oh, qué descuido el mío —exclamó Rowson—. Discúlpeme, señorita —dijo, al mismo tiempo que cogía la cartera de piel, poco mayor que un portafolios corriente—. Tengo una cabeza... Buenas tardes, señorita. Buenas tardes, capitán Beathow.

Sidonie y el joven quedaron solos. Ella le miró, sonriendo.

—No soy una derrochadora, si es eso lo que piensa —dijo.

—El dinero que va a cobrar no será mío, como no lo es ahora. Admito la existencia de los joyeros, pero no soy partidario de gastar un solo penique en joyas.

—¿Desaprueba la visita de Rowson?

—Oh, no, no, en absoluto. Comprar joyas es un asunto estrictamente privado entre usted y él. Por otra parte, resulta natural que Rowson quiera conseguir el importante cliente que es la

hija de Armaddon.

—Tampoco yo enloquezco por las joyas, pero si llevo unos pendientes, me gusta que sean buenos —contestó Sidonie—. ¿Quiere una taza de té, Algy?

—Encantado. —Y mientras ella se alejaba hacia el interior del departamento, preguntó—: ¿Ha recibido una llamada telefónica de un tal Dan Guggson?

—No —contestó ella por encima del hombro—. ¿Por qué lo dice?

—Se lo explicaré cuando vuelva.

Sidonie regresó minutos más tarde. Beathow le relató su entrevista de la víspera con Dan Guggson. Ella se sintió muy preocupada al conocer la catadura del sujeto.

—¿Por qué tenía que relacionarse mi padre con unos tipos de tal clase? —preguntó.

—Los negocios de su padre podrían proporcionarle grandes sumas de dinero, pero no eran lo que se dice honrados de un modo absoluto. A la fuerza tenía que relacionarse con gentes de conducta más bien dudosa, cuando no carentes por completo de honestidad.

Sidonie hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, comprendo —murmuró.

—Pero todavía no me ha dicho usted cómo piensa probar que es la hija de Armaddon —exclamó Beathow.

—No se preocupe, lo sabrá en el momento oportuno.

—Yo no tengo que preocuparme; a fin de cuenta, no he recibido un legado de cincuenta mil libras. Pero usted puede encontrarse con la demanda de uno de los herederos, exigiéndole que pruebe sus derechos o que, en caso contrario, se ejecute el testamento. Eso es también algo legal, Sidonie.

—Es que... estoy aguardando la visita de una persona..., precisamente uno de los testigos...

Beathow se encogió de hombros.

—A su gusto —dijo. Consultó el reloj y emitió un gruñido de descontento—. Este condenado Guggson no llama... Voy a ir a su casa —exclamó de repente.

Sidonie se puso en pie.

—Le acompañaré —dijo—. Algy, ¿qué piensa usted de Guggson?

—Dorenson y

O'Hyams

han muerto, pero Guggson vive todavía. Ahora bien, los tres, si bien de caracteres fisonómicos diferentes, eran muy semejantes en el aspecto corporal. Philip, el mayordomo, sólo vio a un caballero alto, elegante, de unos cuarenta años, y aunque Guggson anda por los treinta y cinco, la descripción que Philip dio del tipo que llevó la bomba, podría muy bien servir para él también.

—Creo que entiendo. E... el transportista pudo ser uno de los tres; Dorenson,

O'Hyams

o Guggson.

—Exactamente. Rowson dijo que el supuesto secretario de Armaddon era bastante parecido al tipo de la fotografía que yo le enseñé, esto es,

O'Hyams,

pero creo que hubiera dicho lo mismo de enseñarle la fotografía de Guggson.

—Aguarde un minuto, por favor —pidió Sidonie.

Corrió hacia el interior y se cambió de ropa rápidamente. Luego salió con el impermeable en el brazo y el bolso en el otro.

—Estoy lista —dijo.

Momentos después, partían hacia el

MA'BAXTER

a bordo del coche de Beathow. Jeff, el barman, les recibió con su habitual sonrisa de enterrador.

—El jefe no ha venido hoy —informó—. No sé qué diablos le habrá pasado; no es costumbre suya retrasarse tanto.

—Usted podría indicarnos su domicilio...

—Lo sé yo, Algy —intervino Sidonie.

—Entonces, iremos allí —decidió Beathow.

—No se molesten —dijo Jeff—. Ahí viene uno de los amigos del señor Guggson. Ha ido a su casa para enterarse de los motivos de su retraso y... Hola, Joe —saludó al recién llegado.

Beathow observó el rostro del individuo llamado Joe y lo vio muy pálido.

—Jeff —dijo Joe—, dame un trago. Doble, por favor.

—¿Vas a celebrar algo? —preguntó Jeff irónicamente.

—No, voy a ver si se me pasa el susto. Alguien le ha metido dos

balazos en el cuerpo a Dan Guggson —respondió dramáticamente el recién llegado.

Jeff se quedó con la boca estúpidamente abierta. Beathow reaccionó con presteza.

—Vámonos, Sidonie —exclamó, a la vez que tiraba de su brazo para empujarla hacia la calle.

Después de haber llamado, Beathow y Sidonie aguardaron unos instantes. Para sorpresa del joven, fue Murray el que abrió la puerta de la casa.

—Hola —sonrió Murray—. ¿Puedo servirle en algo, Señor Beathow?

—Había venido a ver a la señorita Pows...

—Diga mejor la señora Murray, capitán. Nos hemos casado esta misma mañana.

Betty apareció al fondo de la sala, espectacularmente ataviada con una bata que contenía decenas de metros de vaporosos tejidos blancos y negros.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿No me felicita, capitán? —añadió, con la mejor de sus sonrisas.

—Entren, entren —invitó Murray, amablemente.

—Mi acompañante es la señorita Sidonie Willesley —presentó Beathow—. Sidonie, el señor y la señora Murray, ambos citados en el testamento de Walter Armaddon.

—¿Cómo están? —saludó la muchacha—. Puesto que se han casado hoy, permítanme que les felicite muy sinceramente.

—Gracias —dijo Murray—. Nos gustaría invitarles a una copa de champaña para celebrarlo. ¡Betty!

—Sí, ahora mismo, querido —contestó la pelirroja.

Beathow permaneció callado por el momento. Murray les indicó un diván, pero él prefirió permanecer en pie.

—Supongo que le extrañará una boda tan rápida —dijo Murray—. Nos conocimos apenas hace dos semanas y...

—Cuando dos personas descubren que se aman, no deben retrasar el momento de dar comienzo a su felicidad —contestó Sidonie, sonriendo.

—Eso mismo fue lo que pensamos Betty y yo —explicó el arquitecto—. Nos hubiera gustado hacer un largo viaje de novios, pero tengo un compromiso muy importante y no puedo abandonar

por ahora Londres. Betty se mostró de acuerdo y... Bueno, ya haremos el viaje de novios más adelante.

—Lo importante es que nos hemos casado —dijo Betty, que entraba en aquel momento con una bandeja en la que había un cubo con hielo, champaña y cuatro copas.

Murray se precipitó a ayudarla.

—Permíteme, cariño —dijo.

Betty lanzó a su esposo una mirada llena de ardor. Beathow sintió envidia de ambos.

Murray descorchó la botella. Llenó las copas y levantó la suya, después de que cada cual tuviera una en la mano.

—Y ahora, por favor, brinden con nosotros —pidió—. No ha habido banquete nupcial, ni fiesta, pero puesto que están aquí...

De pronto, se calló.

—Capitán, ¿por qué está tan serio? —dijo—. ¿Es que le sucede algo?

Beathow probó el champaña y dejó la copa a un lado.

—La señorita Willesley y yo hemos venido a ponerles en guardia —declaró—. Por si no lo sabían, les diré que ella es mi cliente, la persona en cuyo nombre anuncié la impugnación del testamento de Armaddon.

—Así es —corroboró Sidonie.

Murray y su esposa miraron a la muchacha con ojos llenos de asombro.

—Bueno, pero... el apellido... no coincide... —dijo el primero, titubeante.

—Es una decisión mía, que algún día explicaré —contestó Sidonie.

—Pero lo importante ahora es que permanezcan en guardia. Siento amargarles la noche de bodas —dijo Beathow—, pero las circunstancias no permiten andarse con rodeos. El cuarto heredero de Armaddon ha sido asesinado hoy mismo.

Betty se sentó en un sillón, al notar que le flaqueaban las piernas súbitamente.

—Es horroroso...

—Sí, desde luego —convino Beathow—. Han muerto los Baxter, madre e hijo, Eric O'Hyams

y Guggson. Ahora quedan ustedes dos, más, Kimmond Shord y Leinster Johnston. Trataré de encontrar a estas dos personas, pero en lo que a ustedes se refiere, les recomiendo un máximo de precauciones. Desconfíen de todos; no abran la puerta de la casa, sin cerciorarse antes de que el que viene a visitarles es amigo de confianza.

Murray lanzó un gruñido.

—Después de escuchar todo esto, es como para maldecir la hora en que mi tío se acordó de nosotros en su testamento —exclamó, irritado.

—Lo que mi padre dispuso, se cumplirá fielmente —aseguró Sidonie. De pronto, se volvió hacia Beathow—. Algy, mañana irá a ver a Bolton y le dirá que ejecute el testamento. En cuanto al resto de la fortuna, cuya aplicación no se cita, seguiré adelante con la impugnación.

—Está bien, así lo haré —prometió Beathow. Miró a los recién casados—. Supongo que ustedes no tendrán la menor idea del porqué de estos asesinatos —añadió.

Murray meneó la cabeza.

—No es por alabarme, pero todo lo que pasa me da la sensación es consecuencia de unos ajustes de cuentas, más o menos diferidos —contestó—. Pero los ajustes de cuentas se realizan entre personas que han violado la ley y que lo que menos desean es la intervención de la justicia.

—Lo mismo opino yo. Bien, Sidonie, vámonos.

Sidonie se acercó a la pelirroja.

—Le deseo muchas felicidades, señora Murray —dijo a la vez que la besaba en una mejilla.

—Y yo deseo que, por fin, consiga reivindicar la fortuna de su padre —contestó Betty.

—Además de encontrar a su asesino, por supuesto —dijo Murray.

Beathow y Sidonie salieron a la calle, preocupados por la marcha de los acontecimientos. Beathow puso el coche en marcha y, apenas lo había hecho, dijo:

—Sidonie, todavía no sé si usted habló alguna vez con Armaddon. Puesto que asegura ser su hija, tuvo que visitarle en alguna ocasión, para explicarle la situación. Al menos, así me

parece...

Ella reclinó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Fui una vez, hace pocos meses. El recibimiento de Armaddon fue de lo más grosero que puede imaginarse usted. No quiero repetir las cosas que me dijo; lo único que le diré es que acabó por llamarme impostora y echarme de casa poco menos que a puntapiés —respondió.

—Lo que se dice un padre amante —comentó Beathow, con acento lleno de sarcasmo.

CAPÍTULO XI

—Yo no tengo miedo de los asesinos —declaró Kimmond Shard al día siguiente—. Que vengan, tendrán un recibimiento muy especial. ¿Cree que no me he visto ya en apuros semejantes, abogado? Y todavía peores, puedo asegurárselo.

Shard terminó de limpiarse los lentes con un pañuelo de seda y, después de guardarlo en el bolsillo de pecho de su elegante batín, sacó un descomunal revólver.

—«Webley», de reglamento en el ejército —anunció—. El que quiera acercarse a mí, con intenciones hostiles, tendrá que pensárselo muy bien.

—Es usted un ingenuo, señor Shard —dijo Beathow—. ¿Piensa que el asesino va a venir anunciándose a tambores batientes y diciéndole que viene a pegarle dos tiros?

Shard se encogió de hombros.

—Ya le he dicho lo que haré —respondió agriamente.

—Pero en cambio no me ha dicho cuáles fueron sus relaciones con Walter Armaddon.

Shard miró de hito en hito a su visitante.

—¿Le importa mucho? —preguntó.

—A usted debe de importarle más. Yo no soy heredero de Armaddon, yo no corro peligro de recibir un balazo.

Shard masculló un juramento.

—Armaddon y yo tuvimos negocios comunes tiempo atrás —contestó.

—¿Venta de armas?

—Pudiera ser.

—¿Hubo dificultades en el reparto de beneficios?

—Eso era algo claramente estipulado desde el primer momento. El contrato se cumplió religiosamente.

—Y Armaddon le quería a usted tanto, que le dejó un recuerdo

de cincuenta mil liras.

—Me gustaría que viviese Armaddon. Así le haría usted todas esas preguntas que, desde el primer momento, he considerado muy impertinentes.

—Señor Shard, de los ocho herederos, cuatro han muerto ya y no precisamente por causas naturales. ¿No se le ha ocurrido pensar que haya alguien interesado en suprimir a esas ocho personas?

—Que vengan, que vengan a buscarme y...

Beathow se puso en pie, harto ya.

—Está bien —dijo—. Conste que he venido a ayudarle. Usted, al negarse a contestar a mis preguntas, ha denegado la ayuda que yo quería prestarle. Se dice que raramente muere una persona de modo instantáneo, porque siempre vive unos segundos después de recibir la herida mortal. Cuando disparen contra usted y esté agonizando, piense en que pudo evitarlo y no quiso.

Shard levantó la barbilla.

—Diríase que me está amenazando, señor Beathow —exclamó.

—¡No, tonto, no! —bramó el joven—. Le he advertido de... Pero no hay peor sordo que el que no quiere oír —concluyó de pronto, unos segundos antes de cerrar la puerta con un tremendo golpe que hizo retemblar las paredes.

—¿Asesinarme a mí? —rió Leinster Johnston—. ¿Y por qué motivo, si se puede saber? ¿Quién iba a quererme mal, abogado?

Beathow procuró armarse de paciencia. «Otro caso similar al de Shard», pensó.

—Han muerto ya cuatro.

—Lo sé, lo sé, amigo mío —dijo Johnston, mientras llenaba dos vasos—. Pero a mí no me sucederá nada.

—Parece muy seguro de su invulnerabilidad.

—Je, je —dijo el individuo—. Tome, échese un trago; es lo mejor para pasar... los malos tragos.

Beathow movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Es demasiado pronto para beber —rechazó la invitación.

Johnston se encogió de hombros.

—A su gusto —dijo—. Sí, han muerto cuatro de los herederos, pero yo estoy tranquilo.

—¿Por qué, si puede saberse?

El sujetó se sentó en un diván y cruzó sus ridículamente cortas

piernecillas.

—Le diré, amigo mío —habló enfáticamente—. Cuando Bolton nos citó, yo acudí allí más por curiosidad que porque esperase algo del testamento. Oír la cifra de cincuenta mil libras, me produjo en el primer momento un sentimiento de alegría. Luego me sentí hostil hacia la inesperada hija de Armaddon. Pero más tarde empecé a reflexionar y me dije que todo era un sueño.

—¿De veras considera un sueño el testamento de Armaddon? —preguntó Beathow, perplejo por la actitud de su interlocutor.

—Verá, como digo, en el primer momento, me froté las manos de gusto al pensar que iba a recibir cincuenta mil libras. Pero luego pensé... Bueno, la cantidad total eran cuatrocientas mil libras, una cifra más que respetable, de modo que empecé a pensar y... ¿Ha visto usted alguna vez películas históricas?

—Pues sí —contestó el joven, sorprendido—. Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—En esas películas, a veces, los guerreros tratan de asaltar un castillo imponente, con muchas torres, almenas, fosos, puente levadizo... Algunas tomas, en efecto, se hacen en un castillo auténtico, pero cuando se trata de derribar los muros, se hacen en el estudio.

—En una parte del castillo completamente ficticia.

—Exactamente. Armaddon era un castillo de película.

Beathow se quedó atónito.

—Decoración, pura decoración, amigo mío —siguió Johnston—. Vivía lujosamente, tenía una casa magnífica, un «Rolls», chófer, mayordomo, criados, pero detrás de todo eso no había más que trampa y cartón. Si hubiese dicho cincuenta mil libras para los ocho, habría creído que era cierto. Pero cuatrocientas mil... Ah, no, no, eso ya era demasiado. Armaddon pudo disponer en alguna ocasión de una suma semejante, pero no en el momento de su muerte.

—Usted parece estar muy bien enterado de los asuntos financieros del difunto —dijo Beathow, incisivamente.

—En cierto modo, así es. No estoy enterado, por supuesto, de todas sus trapacerías, pero sí sé lo suficiente para saber que las cuatrocientas mil libras son cuatrocientas mil mentiras.

—Vaya, quién lo dijera... ¿Qué clase de relación les unió a usted

y a Armaddon?

—Negocios —respondió Johnston, escuetamente.

—Una palabra que lo dice todo y no explica nada.

Johnston soltó una risita burlona. Beathow comprendió que ya no conseguiría nada del sujeto.

—Está bien...

Pero no tuvo tiempo de seguir hablando.

Alguien llamó a la puerta en aquel instante.

—Permítame —dijo Johnston, cortés.

Cruzó el salón y abrió. Johnston habló con un individuo breves segundos. Parecía muy contento.

—Dele las gracias a mi buen amigo Jimmy cuando lo vea —exclamó—. Y para usted, por la molestia...

—Gracias, señor —dijo el sujeto, al embolsarse la moneda que acababa de recibir.

Johnston regresó con un paquete en las manos. Parecía un libro. Beathow se sintió vivamente alarmado.

—¡No lo abra! —exclamó.

Johnston le miró burlonamente.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. ¿Tiene miedo? Esto es una caja de habanos, de la mejor marca. Se la gané a un buen amigo en una apuesta. No tema, no contiene ningún explosivo, como el que había en la caja del famoso collar de perlas.

La mano gordezuela del individuo rasgó el papel de la envoltura. Beathow vio que, efectivamente, se trataba de una caja de cigarros habanos.

Johnston abrió la tapa.

—¿Quiere uno? —invitó.

—No, gracias, no suelo fumarlos. Tengo que irme ya —se despidió el joven.

Johnston agitó el cigarro que acababa de sacar de la caja.

—Usted se lo pierde, amigo —dijo, riendo de un modo irritante.

Beathow abrió la puerta. Johnston seguía con el cigarro en la mano derecha y la caja en la izquierda.

—Castillo de guardarropía, eso era Armaddon —dijo como colofón a la entrevista.

Beathow cerró y echó a andar, disgustado por lo que había podido escuchar. Ciertamente, Johnston parecía saber muy bien de

qué hablaba.

Caminó seis o siete pasos. De repente, se produjo la explosión.

La puerta y buena parte del tabique volaron en pedazos. Una fuerza irresistible empujó a Beathow y lo arrojó rodando a lo largo del corredor.

El estampido fue de una potencia enorme. A través del hueco salía una espesa nube de polvo y humo. Aturdido, con los oídos doloridos, Beathow se incorporó sobre un codo y miró hacia atrás.

Meneó la cabeza. Ya se oían gritos de los habitantes del edificio, pero en aquel mismo instante, Beathow tuvo la seguridad de que ninguna procedía de la garganta del confiado Johnston.

Sidonie le sirvió una taza de café bien cargado, en el que había puesto unas gotas de *brandy*.

—Le conviene, Algy —murmuró, suavemente. Beathow asintió.

—No quiero dar detalles macabros, pero era un espectáculo horroroso —dijo.

—Me lo imagino. Usted tuvo suerte; escapó por segundos.

—Treinta, exactamente —contestó él.

Sidonie se sentó frente al joven, con las rodillas muy juntas, y apoyó en ellas los codos.

—Pero la caja de cigarros era auténtica —dijo.

—Sí, aunque sólo la mitad.

—A ver, explíquese.

—Debía de haber dos capas de cigarros, separadas por una cartulina, como suele suceder en muchas cajas análogas. Bueno, una cartulina o una tablita de madera muy fina y aromática, es igual. El caso es que la separación oculta siempre la capa inferior de cigarros. En este caso, claro está, ocultaba la bomba.

—¿Cómo funcionó, Algy?

—Al abrir la tapa, se disparó el mecanismo de relojería. Debía de estar graduado para que hiciese la explosión a los treinta segundos, el tiempo que empleé en salir de la casa, tras despedirme de él y caminar media docena de pasos por el corredor.

Sidonie se estremeció.

—Me siento aterrada de pensar que la explosión pudo haberle alcanzado a usted —dijo.

—Tuve suerte —admitió Beathow.

—Y Johnston no la tuvo.

—No la tendrán ninguno de los mencionados en el testamento, excepto los señores Murray.

—¿Por qué, Algy?

—Ninguno de los dos estaba complicado en los negocios de su padre. Murray era pariente suyo y Betty una antigua amistad, a la que quiso dejar un legado, en recuerdo de gratas horas pasadas juntos.

—Y los otros sí estuvieron mezclados...

—El local de Ma Baxter no tenía nada de recomendable. Ella dijo que era prima de Armaddon, pero lo de menos, en este caso, es el parentesco, sino las relaciones de otra índole que les unieron en tiempos. Negocios nada limpios, por supuesto. Y lo mismo se puede decir de los demás, Sidonie.

Ella suspiró.

—Entonces, según Johnston, debo abandonar mis sueños de riqueza —murmuró.

—¿Lo lamenta?

—¿Era sincero Johnston?

—A mí me parece que sí. Tenía motivos, creo, para saber lo que se decía.

Sidonie hizo un gesto de duda.

—Tendré que ir a hablar con mi tío Thomas —dijo.

—¿El embajador?

—Sí, Algy.

—¿Por qué, Sidonie?

—Creo que él puede decirme si es cierto o no que mi padre estaba en la ruina.

—Y a mí, ¿quién me va a afirmar que usted es la hija de Armaddon? Con las pruebas en la mano, por supuesto.

Sidonie le miró fijamente.

—Si tiene la paciencia de aguardar veinticuatro horas, le presentaré a los testigos que demostrarán eso sin lugar a dudas, agregando, además, la documentación pertinente.

—Muy bien —dijo Beathow—. Y, mientras tanto, yo volveré a hablar con Kimmond Shard.

CAPÍTULO XII

Shard recibió a su visitante en son de guerra; con el revólver en la mano y una expresión llena de hostilidad en su rostro casi gatuno.

—Avance dos pasos, levante las manos y deje que lo registre —ordenó.

Beathow se sometió al registro de buen humor.

—Yo no he venido a matarlo —dijo.

—No me fío —contestó Shard. Y convencido de que su visitante no llevaba armas, retrocedió dos pasos—. Ya puede hablar.

—¿Hablar yo? Es usted quien debe hacerlo. A mí no me han amenazado de muerte...

Beathow se calló de pronto. Acababa de recordar la intimación telefónica recibida días atrás, intimación que no había vuelto a repetirse. Probablemente, pensó, porque su autor había debido de suponer que era un gesto inútil.

—¿Decía? —preguntó Shard.

—Nada. Le advertí de que estaba en peligro. Usted no quiso creerme. ¿Me creerá ahora que ha muerto Johnston?

La boca de Shard se crispó súbitamente.

—Hay alguien interesado en que los herederos no cobremos la suma que nos legó Armaddon —manifestó.

—Johnston me dijo que Armaddon estaba arruinado.

—Pudiera ser. Pero aún le quedaba dinero suficiente para legar cincuenta mil libras a ocho personas.

—De las cuales cinco han muerto ya.

—Aún quedamos tres. Dos de los herederos pueden morir aún.

—Lo dudo mucho —dijo Beathow.

—¿Por qué?

—Rudolf Murray y Betty Pows, ahora esposos, nunca tuvieron relaciones de negocios con Armaddon. Ninguno de los dos conocía

secretos que un día pudieran divulgarse perjudicialmente para alguien. Por tanto, el asesino no tiene interés en eliminar a dos personas que ningún daño pueden hacerle.

—Según usted, yo conozco secretos...

—No se haga ahora el inocente —dijo Beathow, con duro acento—. Sus medios de vida han sido siempre más que dudosos. Armaddon no fue precisamente un santo. ¿Qué es lo que tiene usted que ocultar?

Shard pareció flaquear un poco.

—El negocio de la venta de armas es siempre muy discreto —rezongó—. Las compran gentes de todas clases y cataduras; muchos de ellos, políticos de altos vuelos en el extranjero. Quizá alguno de ellos tenía interés en que no se sepa alguna de sus operaciones.

—De lo cual, es de suponer, estaban enteradas cinco personas, además de Armaddon.

—Eso parece —convino Shard, con voz neutra.

—Bien, le voy a dejar —dijo Beathow—. Permitiré que reflexione durante veinticuatro horas. Volveré mañana. Quizá entonces tenga más ganas de hablar.

La única respuesta de Shard fue un gruñido. Beathow dio media vuelta y salió a la calle.

Sidonie le llamó al día siguiente:

—¿Puede venir, Algy?

—¿Ahora?

—Se lo ruego —dijo la muchacha.

—Está bien. Iré inmediatamente.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta de la casa de Sidonie. La joven abrió y le dirigió una cálida sonrisa.

—Entre, se lo ruego. El señor Rowson se iba ya —manifestó.

Rowson hizo una inclinación de cabeza.

—Así es. Señorita Sidonie, volveré a verla otro día —dijo.

Agarró la maleta y se dispuso a salir. Beathow vio algo sobre un diván.

—Se deja su cartera, señor Rowson —advirtió.

—Oh, qué descuido. —El joyero lanzó una risita—. Como el otro día, ¿verdad?

Sidonie y Beathow quedaron a solas.

—¿Y bien? ¿Qué hay ahora? —preguntó él.

—Le serviré una taza de té. Debe esperar unos minutos.

—De acuerdo.

Beathow consultó su reloj. Eran las diez y media de la mañana. Cuando saliera de aquella casa, se iría a ver a Shard.

Durante un rato, Sidonie y Beathow charlaron de temas sin trascendencia. De pronto, llamaron a la puerta.

Sidonie se levantó a abrir corriendo.

—¡Mamá! —gritó alegremente—. ¡Reverendo Dexley!

Beathow se puso en pie lentamente. Los recién llegados entraron en la casa.

Sidonie hizo las presentaciones:

—Algy, te presento a mi madre, Emily Pamela Willesley. El caballero es el reverendo Alan Dexley, de Hampstyre, donde vive mi tío, *sir* Thomas, si usted recuerda bien.

Beathow se inclinó profundamente.

—Señora, reverendo —murmuró.

—Mamá, éste es Algy Beathow, el caballero de que te he hablado tantas veces —dijo Sidonie.

Emily Willesley escrutó investigadoramente al joven. Ella era una mujer de edad madura, todavía con rasgos de una pasada belleza, y de notable semejanza fisonómica con su hija.

—Me parece muy bien, estupendo —dijo al cabo.

—Gracias, señora Willesley.

—No, señora Armaddon —corrigió Sidonie.

—Soy la viuda legal del difunto Walter Armaddon —declaró Emily—, y el revendo Dexley, aquí presente, podrá confirmar mis palabras.

—Así es —dijo el pastor—. Hace tres años tuve el honor de unir matrimonialmente al señor y la señora Armaddon. En dicho acto, Walter Armaddon reconoció, legalmente y por escrito, que la denominada Sidonie Louise Diana Willesley era hija suya y de Emily Willesley. —Dexley se tocó el lado izquierdo del pecho—. Tengo aquí los documentos pertinentes para ser exhibidos ante cualquier tribunal que lo solicite.

—Es una estupenda noticia —convino Beathow—. Pero no parece que hayan tenido mucho interés en darla a la publicidad.

—Ninguno —declaró Emily, rotundamente—. No guardo un buen recuerdo de Armaddon, y si hace tres años accedí a casarme

con él, fue más por Sidonie que por mí misma. El dinero de Armaddon no me interesó jamás; claro que Sidonie, y está en su derecho, puede pensar de otro modo.

—Muy bien, pero de la boda acá han pasado tres años. ¿Por qué no hicieron antes la reclamación?

—La fama de Armaddon no era buena. La noticia se hubiera divulgado y mi hermano Thomas seguía aún en el servicio activo. A decir verdad, esperaba una buena embajada y no quisimos perjudicarlo. Estas cosas no agradan en el Foreign Office, aunque se considere, como en el caso de mi hermano, que el interesado no es culpable. Pero siempre se miran mal y... Bien, ahora, Thomas ya está retirado y su carrera no resultaría dañada por un posible escándalo.

—Todo ello se ve ahora perfectamente lógico —manifestó Beathow—. Pero usted, señora Willesley..., perdón, Armaddon, debe saber ya que su difunto esposo estaba arruinado.

Emily hizo un gesto de asentimiento.

—A mí no me importa, repito; y creo que a Sidonie tampoco le importará. Ahora bien, a fin de cuentas, Armaddon era su padre. Parece comprensible que ella quiera encontrar a su asesino.

—En su lugar, yo lo habría dejado en manos de Scotland Yard, señora. ¿Puedo hacerle una pregunta delicada, de carácter íntimo? —consultó Beathow.

—No hay inconveniente —respondió la dama.

—Sidonie es hija de usted y de Armaddon..., pero el nacimiento tuvo lugar hace veinte...

—Veintitrés años —puntualizó la interesada.

—Gracias. Señora, en todo este tiempo, ¿no sintió jamás interés en volver junto a Armaddon?

—Nos separamos ya antes de que naciese Sidonie. Ella lo ha sabido desde que tuvo uso de razón; yo pensé que aún resultaría más perjudicial ocultarle la verdad. Pero en aquella época, yo me sentí cegada por Armaddon. Pronto vi que era un espejismo; Armaddon no fue nunca de la clase de hombres capaces de vivir siempre junto a una misma mujer.

—Hablando francamente, tenía vocación de sultán —sonrió Beathow—. Con permiso del reverendo Dexley —añadió, a guisa de disculpa por la frase.

Dexley hizo un gesto comprensivo.

—El ser humano es un cúmulo de defectos —contestó virtuosamente—. ¿Y quién podría arrojar la primera piedra?

—Arrojar la primera piedra, no, por supuesto —exclamó Sidonie, con vehemencia—. Pero a ciertos pecadores, sí se les pueden decir cuatro lindezas bien merecidas.

Beathow alargó la mano.

—Deme los documentos, reverendo —solicitó—. Ahora mismo iré a ver a Bolton y veremos qué se puede conseguir. Armaddon estaría arruinado, pero le quedarían algunas propiedades. Y el palacete, que, bien mirado, no es un grano de anís.

—Estará hipotecado —supuso Emily, despectivamente.

—No tardaremos mucho en saberlo —contestó Beathow.

Las noticias que le dio Bolton no fueron optimistas precisamente. Beathow, al conocerlas, empezó a pensar que Johnston tenía toda la razón.

—Pero ustedes, es decir, la firma, debían conocer el estado de las finanzas de Armaddon —alegó.

—Está equivocado, colega —respondió Bolton, enfáticamente—. Puede decirse que Armaddon nos encomendó sólo la lectura y ejecución del testamento. Ciertamente, en ocasiones le habíamos hecho alguna gestión legal, pero así como de otros clientes nos cuidamos de sus finanzas, ello no sucedía con el señor Armaddon. Prefería ocuparse personalmente, y le aseguro que no me extrañaría en absoluto, con muy pocos libros de cuentas. Si es que usaba alguno.

—Dada la naturaleza de su negocio, un libro de cuentas podría resultar altamente perjudicial.

—Exacto. En el testamento se citaban cifras y supuestas propiedades, las que, al ser investigadas, resultaron falsas en su gran mayoría. Por tanto, ni la señorita Willesley ni el resto de los herederos percibirán gran cosa.

—¿Qué me dice del palacete donde murió? Vale millones.

Bolton soltó una risita.

—Dentro de pocos días se ejecutará la hipoteca, de cuya operación estamos nosotros encargados —dijo—. Puede que, rematado el embargo, queden algunos miles de libras... No pasarán de cinco, créame.

Beathow silbó.

—Johnston tenía razón: un castillo de guardarropía.

—¿Decía usted...?

—No, nada, nada. ¿Me permite usar su teléfono, colega?

Bolton no captó la ironía del tratamiento. Lo que menos había ejercido Beathow era un título que había adquirido prácticamente como decoración del apellido.

—Por supuesto —accedió cortésmente.

Beathow marcó un número. Quería hablar con Shard, para anunciarle su visita, pero el teléfono permaneció obstinadamente silencioso.

Al cabo de un rato, desistió:

—Debo irme. Gracias por todo, señor Bolton —dijo.

—A su disposición, ya lo sabe. Una cosa puede tener por segura: de todo cuanto quede, tras los trámites legales correspondientes, la heredera será Sidonie Willesley, por renuncia de su madre, especificada en los documentos que usted me ha exhibido.

—Sí, muchas gracias. Adiós.

—Adiós, colega.

Beathow salió a la calle. ¿Qué hacer?, se preguntó.

Una hora más tarde, llamó de nuevo a Shard.

El individuo no contestó. Beathow se preguntó dónde diablos podría haberse metido. De pronto, empezó a sentir negros presentimientos hacia su suerte.

La espera empezó a ponerle nervioso. Alrededor de las cinco de la tarde, sin saber qué hacer, decidió dejarse caer por el Kittie's.

Recibió una sorpresa, muy agradable por cierto. Kittie, la hermosa dueña del local, acababa de regresar de su viaje de vacaciones.

Era una mujer que ya andaba en los linderos de la madurez, unos treinta y seis años, morena, muy alta y extrañamente delgada, lo que no restaba un ápice de femineidad a su silueta, con las curvas suficientes para demostrar lo que era realmente: una belleza auténtica, en la que la distinción era nota descollante.

La dueña del local tendió ambas manos a su cliente, a la vez que le dirigía una sonrisa llena de afecto.

—Me siento muy honrada de que te hayas dignado visitar mi

humilde casa —saludó.

CAPÍTULO XIII

Beathow contempló unos momentos a la mujer. A Kittie le gustaban los escotes audaces; conocía la armonía de sus líneas y sabía cómo realzarlas mejor. Ahora usaba un traje enteramente negro, sin espalda y con sólo dos tiras de no excesiva anchura en el pecho. El resto era una falda que parecía ajustadísima a primera vista, pero que estaba abierta por el lado izquierdo hasta unos centímetros de la cadera.

Kittie no lucía ninguna joya. «Yo soy la mejor joya», solía decir. Y Beathow sabía que era verdad.

—Mis ojos arden de alegría al contemplar tu bella imagen —contestó el joven, mientras retenía en sus manos las de Kittie.

—Parecemos chinos saludándonos —rió ella—. Pero tenía ganas de verte; he oído tantas cosas de ti...

—Murmuraciones, comentarios, gente envidiosa —dijo Beathow, fingiéndose ofendido—. ¿Quién te lo ha dicho?

Kittie movió la cabeza hacia el jefe de *barmen*.

—Knockey —respondió—. Sabe muchas cosas. He vuelto hoy mismo y ya me he enterado de todo lo que ha oído. Sin embargo, puedes apostar a que no lo ha repetido a nadie más. Es la discreción en persona, créeme.

—Lo celebro infinito. Kittie, ¿dónde se puede tomar una copa en este local?

Ella se echó a reír.

—Ven a mi despacho privado —dijo—. Allí hablaremos con toda tranquilidad.

—Está bien, preciosa.

—Knockey, cuide del local —indicó Kittie.

—Bien, señora —contestó el aludido, inclinándose levemente.

El despacho privado de Kittie era pequeño, pero estaba decorado con un refinamiento inimitable. Ella se dirigió a un aparador y

empezó a poner cubos de hielo en sendos vasos.

—¿Dónde has estado de viaje, Kittie? —preguntó Beathow.

—En el Caribe. Tenía ganas de pasar quince días al sol, tumbada en una playa, sin hacer nada. ¿No te has dado cuenta lo morena que he vuelto?

—Sí, pero pensé que habrías ido al sur de España...

—Lo dejo para el otoño. Esta primavera de Londres me deprime, la verdad. Por eso me marché.

—¿Sola?

Kittie lanzó una risita. Luego llegó con los dos vasos al diván donde se hallaba sentado el visitante.

—No seas indiscreto —dijo.

—No importa —contestó él. Levantó el vaso—: A tu salud.

—A la del hombre que va a conseguir impugnar el ya célebre testamento de Walter Armaddon y proporcionar a su hija una inmensa fortuna.

Los ojos de Beathow se entrecerraron.

—¿Cómo lo sabes, Kittie?

—Hombre, hay periódicos.

—Sí, es cierto. Los diarios han mencionado este asunto, aunque lo que no saben los periodistas es que la fortuna de Armaddon es humo.

Kittie se quedó parada.

—No bromees, Algy —exclamó.

—Hablo completamente en serio. He estado conversando esta mañana con el abogado Bolton. Fue el encargado de ejecutar la última voluntad del difunto.

—Tiene gracia —rió la mujer—. Esa pobre chica, Sidonie Willesley, se va a quedar con un palmo de narices.

—Recibirá unos miles de libras, en todo caso, lo cual es mucho más de lo que van a recibir los herederos supervivientes. Y no digamos los asesinados; a ellos les ha tocado solamente unos puñados de tierra.

Kittie se reclinó en el diván y cruzó las piernas. «Largas y finas como las de una gacela», pensó Beathow.

—Será un asunto del que se hablará largo tiempo —dijo Kittie—. Y el caso es que yo conocía a alguno de los implicados en él.

—Por ejemplo, Bert Dorenson...

—Un actor presuntuoso y fatuo, que ya no conseguía trabajo ni siquiera en los *spots* publicitarios de televisión.

—Eric

O'Hyams.

—Lo mismo que el anterior, aunque no era actor, desde luego. Pero en cuanto a pretensiones y fatuidad, no le iba a la zaga. Pobre, está ya muerto, pero, de haber vuelto por aquí, le habría retirado ya el crédito que tenía. Ha dejado impagadas un montón de notas, ¿sabes?

—Me lo imagino fácilmente. ¿Qué me dices de John Park?

—Ése es mejor actor, aunque tampoco es cosa del otro mundo. Pero siempre echan mano de él cuando se necesita un buen relleno para un programa o en el reparto de una obra teatral.

—Ahora parece que iba a prosperar algo, ¿no es así?

Kittie hizo un gesto ambiguo.

—Me lo encontré en el Caribe, precisamente en el mismo sitio adonde yo había ido a descansar, y charlamos accidentalmente —contestó—. Pero él ya tenía compañía suficiente. Por otra parte, no es el tipo que me agrada de un modo especial.

—¿Y yo? —sonrió Beathow.

—Tú eres otra cosa —contestó ella, acariciándole suavemente la mejilla—. Pero resultas tan escurridizo como una anguila, lo cual no me conturba en absoluto.

—¿Por qué, Kittie?

—La simpatía y el afecto que pueda sentir hacia ti, sinceros, desde luego, no me hacen olvidar el fracaso de mi anterior matrimonio. Simplemente, no quiero reincidir.

—Te felicito —dijo él, bastante aliviado por aquella declaración. Tiempo atrás, había creído que Kittie estaba loca por él y aunque se sintió halagado en el primer momento, luego acabó dándose cuenta de que no era la mujer que él necesitaba.

De pronto, se dio una palmada en la frente.

—Había olvidado algo y tú tienes la culpa —exclamó—. ¿Puedo usar el teléfono?

—Claro —accedió Kittie, sonriendo.

Beathow se levantó y se acercó a la mesa de trabajo. Descolgó el teléfono, con la agenda de direcciones en una mano, y marcó el número de Shard.

Alguien contestó a los pocos momentos:

—¿Quién es?

—Oiga, deseo hablar con el señor Shard...

—El señor Shard no está. ¿Quién es usted?

La voz era dura e imperativa. Beathow colgó el teléfono en el acto.

—A ese tipo le ha pasado algo —murmuró, hondamente preocupado.

—¿A quién te refieres, Algy? —preguntó Kittie.

—No importa ahora.

Beathow apuró el contenido de su vaso. Kittie alargó un brazo tostado, de mórbidos contornos.

—Ven, querido.

Beathow la miró y sonrió. Sentóse junto a la hermosa mujer y pasó un brazo en torno a su esbelta cintura. Luego se inclinó hacia ella, buscando sus labios.

De pronto, cuando las dos bocas iban a juntarse, llamaron a la puerta.

—Importuno —gruñó Beathow.

Kittie soltó una risita.

—Hay tiempo, querido; el día es largo.

Y se levantó para abrir.

El que llamaba era Knockey, en una de cuyas manos aparecía un periódico.

—Perdone que la interrumpa, señora; pero hay una noticia que acaso pueda interesar al capitán Beathow —dijo.

—Gracias, Knockey.

El jefe de *barmen* cerró la puerta. Kittie se acercó a su mesa, tomó los lentes para leer, se los puso y volvió al diván.

—Creo que es esto, Algy —dijo, señalando una de las páginas del periódico.

Beathow cogió el diario de la tarde. Kittie se apoyó en su hombro para leer al mismo tiempo.

La noticia estaba encabezada por un titular de gruesos caracteres:

«Atracador muerto al intentar cometer un asalto. Su presunta víctima se defendió, disparando un arma de

fuego contra el salteador, quien falleció instantáneamente».

Beathow continuó leyendo. El lugar que iba a ser asaltado era una joyería. El dueño se llamaba Félix Rowson. La víctima, Kimmond Shard.

—Oye, Algy, ¿no se llamaba Shard el tipo con quien querías hablar hace unos minutos? —preguntó Kittie.

—Sí. Y el que me contestó era, seguramente, alguno de los policías enviados para registrar su casa —respondió Beathow pensativamente.

—Era uno de los ocho herederos de Armaddon, ¿no es cierto?

—Sí. Ya han muerto seis..., seis son las bocas que se han cerrado para siempre.

—Pero quedan dos...

—Ésos no constituyen ningún peligro para nadie, quiero decir, para el asesino. En cambio, sí resultaba interesante que desapareciesen los otros seis.

—¿Por qué, Algy?

—En estos casos, es procedente hacerse una pregunta clásica: *¿Cui prodest?* ¿A quién aprovecha? Me refiero a las muertes de seis personas, claro está.

—Sí, entiendo. Tú lo que quieres decir es que si se conoce el beneficio que proporcionarán esas seis muertes, se conocerá al asesino.

—Exactamente.

Beathow volvió los ojos al diario. En la misma página, vio una fotografía, en la que aparecían un hombre maduro y una hermosa muchacha.

—Mira, John Park ha vuelto de sus vacaciones en el Caribe —dijo.

Kittie fijó la vista en el diario y se echó a reír.

—¿De qué te ríes, Kittie? —preguntó Beathow, intrigado.

—De Park, hombre —contestó ella—. Cuando vea la fotografía, lanzará venablos por la boca. Le han retratado pésimamente, tanto, que casi se podría decir que es él porque lo menciona el pie de la fotografía.

Beathow estudió de nuevo la imagen reproducida en el

periódico. Una súbita idea de algo que había ocurrido años antes, de un suceso idéntico al que mencionaban las páginas impresas, acudió en el acto a su mente.

—Kittie, quiero hacerte una pregunta —dijo de pronto—. Contéstame con toda sinceridad, pero, al mismo tiempo, te ruego discreción absoluta.

—Sí, Algy.

Beathow formuló la pregunta. Kittie contestó sin vacilar.

—Gracias —dijo él, sonriendo—; es justamente la respuesta que esperaba.

Y se puso en pie.

—¿Te marchas, Algy? —exclamó Kittie, sorprendida.

—Uno de estos días, vendré a conversar contigo, largo y tendido, sin prisas de ninguna clase.

Besó a la mujer y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, recordó algo:

—Kittie, ¿sabes dónde vive John Park? —preguntó.

—Sí, ciertamente, a menos de cien pasos de mi local, en la misma acera. Número ciento veintidós, Algy.

Beathow le tiró un beso con la mano. Abrió la puerta y salió disparado.

La lectura del periódico acababa de darle la solución de aquel enigma que, súbitamente, de oscuro como la noche, acababa de tornarse claro como el día.

Emily Willesley abrió la puerta. Sus cejas se alzaron, sorprendida al reconocer a su visitante.

—¿Capitán?

—Señora, celebro encontrarla en casa de Sidonie —dijo Beathow—. Precisamente venía a hablar con usted. Si no tiene inconveniente, claro.

—Ninguno. Entre, capitán.

Emily le miró críticamente.

—Será un buen yerno —murmuró.

Beathow respingó.

—¡Señora! —exclamó.

Ella rió maliciosamente.

—Tengo la cabeza atontada, a fuerza de oír a Sidonie hablar de usted sin cesar. Y cuando una mujer habla tanto de un hombre, es

que lo ama. Pero creo que no ha venido a pedirme su mano, ¿verdad?

—Quizá en otro momento, señora. Ahora me gustaría saber qué opina usted, hoy, de su difunto esposo.

—¿Mi opinión sobre Armaddon? —Emily se encogió de hombros—. Me resulta absolutamente indiferente, Algy. Y le soy sincera, créame.

—Pero permitió que Sidonie presentase la impugnación sobre la herencia.

—Fue cosa suya, exclusivamente. Sidonie tiene ya edad para obrar por su cuenta. Ella quería ese dinero, como una compensación por lo que su padre me hizo en tiempos pasados y, por fortuna, olvidados.

—¿Siente usted haberse quedado sin ese dinero?

Emily se echó a reír.

—Si yo fuese una mujer ávida de dinero, haría muchos años que habría ido persiguiendo a Walter, para conseguir un aparte de su fortuna. Pero jamás lo hice y no tanto por orgullo, como por dignidad.

—Es una actitud que la enaltece, señora —sonrió Beathow—. Lo malo es que pronto voy a darle un serio disgusto.

—¿Cómo?

Beathow no contestó. Sus ojos acababan de captar súbitamente la cartera que aparecía en uno de los sillones y que ya había visto en anteriores ocasiones.

Emily se dio cuenta y dijo:

—Es el muestrario del joyero Rowson. Estuvo aquí hace unos minutos y lo dejó expresamente, para que Sidonie examine su contenido y se quede con las joyas que más le agraden.

—¿Ha estado Rowson aquí? —se sorprendió el joven.

—Sí. Por cierto, él mismo me contó lo del atraco a su tienda. Naturalmente, tuvo que ir a la comisaría, pero el juez, en vista de las circunstancias del suceso, le permitió irse libre condicionalmente, hasta que se celebre un juicio formal sobre el caso.

—Ya entiendo. Es algo perfectamente justificado —murmuró Beathow, quien sentía como si miles de hormigas se pasearan por su cuerpo—. Señora, lo siento mucho, pero Sidonie no va a examinar

el contenido de esa cartera.

—¿Por qué? —preguntó Emily, llena de asombro.

—Señora Willesley, si usted quiere que yo pida un día la mano de Sidonie, lo mejor que podemos hacer es no abrir esa cartera por nada del mundo —contestó el joven rotundamente.

Y se acercó para examinarla con toda atención, mientras a sus espaldas sonaba un golpe sordo.

Beathow se volvió a los pocos segundos. Extendió la mano y empezó a decir:

—Señora Willes...

Pero la madre de Sidonie no contestó. Se había desmayado.

CAPÍTULO XIV

Había una luz encendida en la casa. Beathow contempló la ventana desde la calle y, al cabo de unos minutos, pudo ver una silueta que cruzaba la habitación de un lado a otro.

El individuo estaba solo en aquellos momentos, fue la conclusión a que llegó Beathow. Entonces se decidió a subir a la casa.

Llamó a la puerta. Un hombre bastante alto, fornido y algo barrigudo, envuelto en un lujoso batín, abrió a los pocos momentos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Algernon Beathow, abogado —sonrió el joven—. ¿Puedo hablar unos momentos con usted, señor Park?

—Oh, creí que se trataría de algún productor que vendría a ofrecerme algún contrato...

—Lamento no dedicarme a ese fascinante mundo del arte —se disculpó el visitante—. Quizá lo haga algún día, sin embargo; nunca se sabe...

—Está bien, entre, señor Beathow, pero le ruego que sea breve. Estoy aguardando una visita importante.

—No será la chica que le acompañó a su excursión de vacaciones.

—Es usted un poco impertinente, amigo mío. Si va a continuar en ese tono...

Beathow alzó una mano.

—Por favor, señor Park —rogó.

—Está bien, hable de una vez —masculló el dueño de la casa.

Beathow traía una cartera bajo el brazo. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre una mesita. Luego, se sentó en un diván, con la cartera apoyada en las rodillas.

Park se alejó hacia un aparador para servirse una dosis de *whisky*.

—Le escucho, señor Beathow —dijo, sin mirar siquiera a su

visitante.

—Señor Park, ¿le molestaría si le preguntase que al que espera es un tal Félix Rowson, joyero?

La botella de *whisky* tintineó alarmantemente contra el borde del vaso.

—Cuidado, señor Park —dijo el joven suavemente—. Va a romper el *high-ball*.

La cara del sujeto se había cubierto bruscamente de ceniza.

—¿Quién le ha dicho a usted que espero a ese hombre? —preguntó con voz repentinamente insegura.

—Es que, la verdad, usted no puede ir ahora a residir a la casa donde murió Armaddon hace un par de semanas. Por tanto, si quiere entrevistarse con Rowson ha de ser aquí precisamente, en la casa de John Park, cuya identidad desempeña en los actuales momentos, Walter Armaddon.

—No soy...

—¿Quiere que llame a Nelly Marble? Era la destinataria del collar de perlas la noche en que se produjo la explosión y, supuestamente, murió Armaddon. Los destrozos fueron tan grandes, que ni siquiera quedó en los dedos la suficiente piel para identificar los restos por las huellas dactilares. Y en cuanto a la cabeza, que resultó separada del tronco por el estallido de la bomba, quedó desfigurada, quemada, desgarrada... En todo caso, si la explosión se había producido en casa de Walter Armaddon, ¿cómo se podía suponer que el muerto era John Park, actor?

El ocupante del piso se irguió.

—¿Cómo lo ha sabido, capitán? —preguntó.

—El día de la lectura del testamento. Perdón, la víspera, una encantadora muchacha vino a visitarme para encargarme de...

Armaddon agitó una mano.

—Sí, sí, lo sé —dijo, displicente, ya rehecho de la sorpresa recibida—. Estoy enterado de todo, incluyendo, naturalmente, la reclamación presentada por mi hija.

—Hacia la cual, según parece, no siente usted ningún afecto.

—No le deseo ningún mal, eso es todo —respondió Armaddon, indiferente.

—Usted nunca ha querido a nadie más que a sí mismo. De los demás, sólo le ha interesado los beneficios que podían

proporcionarle, pero no el afecto o el cariño...

—¡Bah, eso son tonterías, sentimentalismos pasados de moda!

—En ese caso, ¿por qué se casó hace tres años con Emily?

—No me costaba nada complacerla. Y no perdía por ello mi libertad...

—Ni tenía que dar dinero.

—Ella nunca lo quiso. Los Willesley fueron siempre muy orgullosos.

—Quizá menos que usted o, en todo caso y según para qué asuntos, con toda justificación.

—Al grano, al grano —dijo Armaddon con impaciencia—. Mis problemas familiares deben tenerle a usted tan sin cuidado, como me tienen a mí. Explíqueme cómo ha descubierto mi verdadera personalidad.

Beathow miró fijamente a un sujeto, en el que el egoísmo y la falta de sentimientos saltaban a la vista en cada palabra y en cada ademán. Era el padre de Sidonie, pero, se dijo, tratábase solamente de un mero accidente biológico y no de un lazo más hondo y sólido.

—Lo he descubierto por dos razones —respondió al cabo—. Pero la principal es la fotografía que hoy traía uno de los diarios de la tarde. Usted no se parece mucho a Park, aunque muchos creerán que el fotógrafo no le ha favorecido. Cuando una conocida suya, Kittie, del

Kittie's,

comentó el hecho, delante de mí, fue como un fogonazo que me hizo ver todo con meridiana claridad.

»Usted contrató a Park. Eran lo bastante parecidos para poder pasar el uno por el otro, sobre todo si Park, como actor, podía maquillarse para acentuar la semejanza. Pero en todo lo demás, voz, ademanes, modales distinguidos, gustos refinados, podía pasar perfectamente por usted. Y así lo hizo durante unos días, hasta que llegó la bomba y lo hizo polvo. Usted lo contrató para eso precisamente, para que le enviaran una bomba, aunque es de suponer que le había advertido que tenía comprado un collar para Nelly Marble y que debía regalárselo. Claro está que no le advirtió que en lugar del collar habría una bomba, eso hubiera sido demasiado.

»Pero así moría Walter Armaddon, en difícilísima situación

económica, y quedaba John Park el actor, a quien nadie pediría cuentas de lo que había hecho, mal, por supuesto, anteriormente. Seis personas quedaron chasqueadas; como se dice vulgarmente, con un palmo de narices. Y usted, todavía tuvo la suerte de irse al Caribe, a disfrutar dos semanas de vacaciones, en muy agradable compañía».

Armaddon estaba pálido y demudado, pero se mantenía erguido. Implacable, Beathow continuó:

—Al ver la fotografía en el diario y después de averiguar que era usted, recordé un suceso similar ocurrido hace años. También entonces se fue de vacaciones al Caribe, acompañado de una hermosa mujer, hoy felizmente casada y honesta ama de casa. Ésta es la segunda razón que me hizo ver la suplantación que usted había ideado, para librarse del compromiso que le ataba a seis sujetos de distinta catadura, que, en tiempos, habían formado parte de su organización de venta y contrabando de armas; que habían esperado grandes beneficios y que ahora, chasqueados y defraudados, se habían juramentado para liquidarlo.

»Usted redactó un testamento lleno de sueños. Lo sabía y sabía que sus seis cómplices se aplacarían un poco, hasta que descubriesen la verdad. Pero no contaba, claro, que su hija surgiría de pronto para reclamar el resto de la herencia, mediante la correspondiente impugnación del testamento. Eso fue lo que complicó todas las cosas: Sidonie no era su madre y ella quería una fortuna que estimaba le pertenecía. Si, además, añadimos que quería se encontrase al asesino de su padre, el resto se comprende fácilmente.

La puerta se abrió de pronto y Félix Rowson entró en la sala. El joyero vio a Beathow, adivinó en un instante lo que ocurría y sacó una pistola con la que apuntó al joven.

—Le voy a... —exclamó, lleno de rabia.

Beathow alzó ligeramente la cartera, como colocándola de escudo ante su pecho. Miró al joyero por encima del borde superior y emitió una risita burlona.

—Cuidado, Félix; si dispara, volaremos todos por los, aires —advirtió.

Rowson reconoció la cartera y se puso pálido como un muerto.

Durante unos segundos, hubo un intenso silencio en la

habitación. Beathow fue el primero en romperlo:

—Al señor Armaddon le gustaría, tal vez, saber por qué su cómplice y socio Félix Rowson estaba tan empeñado en matar a su hija Sidonie.

—¿Qué? —rugió Armaddon—. ¿Es cierto eso?

—Dos veces se «olvidó» en casa de Sidonie la cartera con un pretendido muestrario de joyas. Hoy mismo, en vista de que no estaba ella, se la dejó a Emily, con el encargo de que se la diese a Sidonie a su regreso. Matarme a mí, quizá, hubiera sido demasiado comprometedor; pero a nadie hubiese extrañado que muriera la hija de Armaddon. Y muerta Sidonie, yo ya no sería su representante legal ni tendría por qué meter las narices en asuntos que no me interesaban en absoluto —explicó Beathow fríamente.

—Félix, te voy a...

—Cállate —gruñó el joyero—. Todo este asunto fue idea tuya, pero el que lo ejecutó y se ha ensuciado las manos, he sido yo. Sabes que la verdad puede descubrirse, pero tú no has hecho nada. Sufirás algunos inconvenientes, te molestarán un poco...

—Incluso puede alegar que cambió de identidad con Park, a fin de eludir las molestias de la popularidad —dijo Beathow apaciblemente—. Armaddon, ciertamente, era mucho más célebre que Park.

—Y yo he sido el que ha tenido que...

—Matar a los Baxter con una bomba de mano. Ella era muy vehemente, y tenía muchas amistades... peligrosas, en el real sentido de la palabra. Podía hablar y podía actuar. El hijo no valía gran cosa, pero también estaba metido hasta el cuello en el asunto. El ridículo secuestro de que me hicieron objeto, le dio a usted, Rowson, la ocasión de liquidar a los dos primeros herederos de una herencia de humo.

»Después vino Bert Dorenson, un actor de cierto parecido fisonómico con Eric

O'Hyams.

Era necesario, a fin de provocar cierta confusión cuando se identificase al portador de la bomba mortífera. Pero Dorenson podía resultar después comprometedor, lo mismo que su amigo

O'Hyams,

y ambos murieron, porque éste sabía que Dorenson tenía que morir

y no convenía luego que pudiese divulgar el secreto de que el arma que mató a Dorenson procedía de su propia casa.

»Respecto a los demás, ¿qué se podía decir? Entraron en un juego que parecía prometer grandes beneficios; probablemente, algunos de ellos, incluso —la Baxter, Shard y Johnston—, arriesgaron capital y lo perdieron. Entonces decidieron que Armaddon debía morir, aunque ignoraban que Armaddon tenía un socio de toda confianza. Usted, Félix Rowson».

—El me ha engañado a mí también —dijo el joyero rabiosamente.

—¿Va a ajustar cuentas? —sonrió Beathow.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Armaddon saltó hacia Rowson.

Los dos hombres forcejearon durante unos segundos. De pronto, se oyeron varios disparos.

Armaddon retrocedió, lívido, arrojando sangre por la boca y las narices. La pechera de su camisa estaba llena de sangre igualmente.

Durante unos segundos, se mantuvo en pie. Luego, de súbito, emitió un ronquido y se vino abajo de golpe.

Rowson parecía enloquecido. Volviéndose hacia Beathow, disparó el arma hasta agotar el cargador.

—¡Ahora volaremos todos en pedazos! —gritó, enloquecido.

Pero las balas se hundieron sordamente en una cartera que sirvió de escudo. Rowson notó que había acabado las municiones y apretó el gatillo varias veces, en un fútil gesto de conseguir lo imposible.

—La cartera no..., no ha explotado... —dijo, atónito.

Beathow se puso en pie.

—¿Me cree tan tonto como para venir aquí con la bomba? —exclamó—. En su lugar, puse un par de gruesas planchas de madera, con una chapa de hierro entre ellas. La bomba, convenientemente desarmada, debe de estar en poder de la policía, la que, por cierto, no creo tarde mucho en llegar.

Rowson tenía la boca estúpidamente abierta.

—Le será muy difícil explicar por qué mató a Armaddon —continuó el joven—. De Shard se pudo deshacer, achacándole un atraco que el tipo no pensaba cometer siquiera. Simplemente, lo atrajo a la joyería y allí le pegó dos tiros, poniéndole luego el

revólver «Webley» en la mano. Pero ¿cómo justificar los cuatro balazos que ha metido en el cuerpo de Armaddon?

—Di... diré que él me..., me atacó...

—Sí, claro, y yo diré que Armaddon lo único que quería era defender su vida. Además, la policía investigará esas seis muertes y... ¿Se imagina lo que ocurrirá?

Rowson no tenía fuerzas para hablar. Beathow meneó la cabeza.

—Demasiados actores para una comedia perfectamente inútil —dijo finalmente.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—¡Abran a la policía! —gritó alguien en el exterior.

Beathow cruzó la estancia y abrió.

—¿Lamentas haber perdido lo que creías una inmensa fortuna, Sidonie?

La chica vaciló unos momentos. Beathow remaba suavemente en el bote, con el que paseaban por el lago de la Serpentina, en Hyde Park.

—No, ahora no lo lamento —contestó ella por fin—. Lo que sí lamento es haber tenido un padre que nunca nos quiso ni a mi madre ni a mí. La vida habría sido muy diferente para ambas, si Armaddon hubiera tenido otro carácter.

—Era así y no hay que darle vueltas, Sidonie.

Ella suspiró.

—¡Qué remedio! —exclamó. De pronto, miró al joven maliciosamente—. Algy, mi madre dice que serás un buen yerno.

—Sí, también a mí me lo dijo.

—Y se pregunta qué cuándo irás a pedir mi mano.

—¿Me la concederá, Sidonie?

—Yo creo que sí, Algy.

Beathow aceleró el ritmo de sus remadas.

—Iré a cumplir con ese requisito en cuanto desembarquemos —prometió.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

